
3 1761 06631602 7

RAFAEL CALZADA

DISCURSOS

CON UN PRÓLOGO DE

CALIXTO OYUELA



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE «EL CORREO ESPAÑOL», 25 de Mayo 460-68

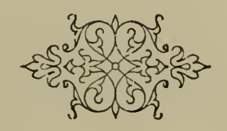
1900

RAFAEL CALZADA

DISCURSOS

CON UN PRÓLOGO DE

CALIXTO OYUELA



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE «EL CORREO ESPAÑOL», 25 de Mayo 460-68

1900



Á LA

COLECTIVIDAD ESPAÑOLA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA


LIBRARY
NOV 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

A MANERA DE PRÓLOGO

Al presentar al lector esta brillante colección de discursos, no es mi propósito demorar el regalo de su lectura con un prolijo é inoportuno análisis de sus méritos evidentes. Así como nadie necesita acudir al barómetro para saber si llueve ó luce sol espléndido, ni hace falta el botánico para persuadirnos de que tal flor es hermosa y fragante, tampoco requiere este libro que el crítico enumere sus excelencias. Al lector de buen gusto le bastará abrirle y leerle para recibir la más favorable impresión. Yo, temiendo todavía ser importuno, y

correspondiendo á la honrosa distinción que me dispensa su autor, he de limitarme á algunas observaciones generales sobre su obra, á fin de señalar su carácter y explicar su importancia. Heraldo quiero ser, y no juez, de estas elocuentes piezas oratorias.

Aparecen ellas en este volumen, no sólo en su propio nombre, sino también en representación de muchas otras severamente condenadas por su autor á perpetuo olvido, pronunciadas en circunstancias semejantes y sobre temas análogos; y reflejan gallardamente la vida, en los últimos veinte años, de la colonia española en nuestra República, en lo que ha tenido de más trascendental y elevado. Con fe de apóstol, con constancia verdaderamente asturiana, superiores á toda fatiga, á todo desengaño, Calzada ha caldeado é impulsado esa vida en sus más variadas manifestaciones, aspirando siempre á encaminarla por los más firmes y luminosos senderos. Y así puede decir-

se que es suyo, y en buen derecho le pertenece, mucho de esa misma actividad colectiva que en sus discursos refleja. Hoy en una fiesta literaria, mañana en otra de caridad; aquí en una reunión patriótica, allá en una conferencia, en una exposición industrial, ó en el improvisado brindis de un banquete, la voz de Calzada resonó siempre vibrante y animosa, premiando el esfuerzo realizado con un aplauso, estimulando su repetición y mejora con un «¡adelante!», haciendo frente á las dificultades y tropiezos con un «¡no importa!», y afirmando y alentando toda esperanza con una profecía, muchas veces cumplida. ¡Larga y fructífera labor de un noble espíritu, llevada á cabo en medio de la más absorbente lucha cuotidiana! Esa fe, ese optimismo universal y fecundo, unidos á una generosa benevolencia para juzgar los hombres y las cosas, cuyos defectos pronto olvida, y de cuyas excelencias siempre se acuerda, forman la esencia misma y el sello ca-

racterístico de Calzada, como hombre y como orador. Y es tanta la habilidad dialéctica y el ímpetu elocuente con que los aplica y despliega, que triunfa por contagio, al menos mientras habla, de la desilusión pesimista con que muchos contemplamos ya la marcha de la humanidad sobre la tierra. Léase, en prueba de ello, su notable fragmento sobre «El Progreso», incluso en este volumen.

Muy diversos son los temas tratados por Calzada en sus discursos, y en todos ellos pone, al desenvolverlos, gran sinceridad, calor de alma y fuerza de convicción; pero en ninguno se lanza tan íntegramente su espíritu, en ninguno palpita tanto amor y entusiasmo como en el relativo á la unión y confraternidad hispano-argentina é hispano-americana. Ese fué, desde el primer día de su vida entre nosotros, el objeto capital de su propaganda, el blanco de sus más generosos esfuerzos, la bien templada cuerda de donde arranca la nota más sonora de su oratoria. Po-

seído de tan gran asunto; penetrado de su trascendencia inmensa para la raza española esparcida por las más apartadas zonas del mundo; seguro de que las mayores vicisitudes históricas, ni las diferencias climatológicas, alcanzan nunca á quebrantar la unidad fundamental de una gran raza, sino sólo á crear interesantes variedades de ella; de que es estúpida y criminal tendencia la de dividir lo que es uno, hoy más que nunca, en que todo tiende á unir lo que es vario: llevó adelante, con su fe característica, su nobilísima empresa, procurando siempre, en la conversación como en el discurso, atenuar asperezas y conciliar razones, sin arredrarse ante las dificultades suscitadas por contrapuestos prejuicios. Él sabía que por debajo de todos ellos rodaban serenas las inmensas corrientes de la madre Naturaleza, prontas á hacerlos desaparecer en su seno, como grano de arena en el mar, ó gota de lluvia en el desierto; y confiaba en la

eterna é inconmovible verdad del verso de Horacio:

Naturam expellas furca, tamen usque recurret.

Y no resultaron vanas sus esperanzas. Día por día, año por año, Calzada ha podido ver y sentir, con íntima alegría, cómo su más intenso deseo tomaba realidad y forma bajo su mano, vigorizado y fecundado por las afinidades naturales, hasta ver exactísimamente cumplida la profecía lanzada en la última parte de su discurso sobre «Confraternidad española», pronunciado en General Belgrano en 1897. Á Calzada corresponde, pues, en la brillante jornada, uno de los mayores trofeos.

Entre los discursos inspirados en otros temas, merecen señalarse, por su elegancia y su brillo, el de inauguración de los Juegos Florales, en 1882; el de la Velada literaria en el Club Español, el 2 de Mayo de 1886, impregnado del más ardiente patriotismo; el pronunciado en la inhu-

mación de los restos de D. Carlos Casado del Alisal, rico de emoción, y cerrado con una felicísima imagen; el de la Velada literaria en honor de Eva Canel; el de la fiesta de la Bastilla, celebrada el 14 de Julio de 1891, en el que diestramente se señalan los peligros que el socialismo entraña para las instituciones liberales; el de Confraternidad sudamericana, himno á la raza latina; el del Cuarto centenario del descubrimiento de América, brillante glorificación de la española, y otros varios que el lector podrá saborear en este volumen. Pero aún son más notables, á mi juicio, la conferencia sobre «El Regionalismo», y el discurso pronunciado en el aniversario de la independencia del Paraguay, en el Centro Paraguayo de Buenos Aires, en 1891. La primera contiene un completo análisis del arduo problema que hoy reviste para España tan extraordinaria importancia, y una solución inspirada, á la vez, por el más alto espíritu de conciliación y de jus-

ticia. El segundo es quizás la nota más fundamental de este libro, por la manera personal y valiente de considerar la emancipación de los pueblos hispano-americanos, hecho cuya legitimidad, y aun necesidad, reconoce sinceramente y sin reservas, pero cuya realización juzga haber sido prematura, y precipitada por acontecimientos grandiosos, como la Revolución Francesa y la independencia de los Estados Unidos, ajenos al desenvolvimiento natural y propio de la América Española. Así explica ingeniosamente, sin agravio de España, ni de los nuevos Estados, las tristísimas turbulencias políticas y las tiranías monstruosas que han asolado sin tregua á nuestro Continente en esta ya casi terminada centuria.

No necesito detenerme en el análisis de las bellezas de forma de estos discursos. Ellas brotan naturalmente y sin esfuerzo del talento oratorio de Calzada, y en justa armonía con el concepto, se difunden en la corriente general é impetuosa de la

composición. El giro oratorio es en él como instintivo y no necesita buscarlo; su expresión brillante, calurosa y galana, parece traducir en su movimiento la caballerosidad y gentileza de su espíritu. El estilo es el hombre. Otras cualidades características suyas: la discreción y la medida, no obstante las feroces y á veces inevitables tentaciones del género.

Este libro es, pues, el testimonio más fehaciente de una actividad fecunda, de una bella inteligencia, de un generoso espíritu. Aunque no compartamos siempre sus opiniones, nadie podría desconocer con justicia la sinceridad que las nutre, ni el noble objeto á que tienden. Estos elocuentes discursos son otras tantas buenas acciones. Ellos honran intelectual y moralmente á su autor, á la colonia española del Río de la Plata, y á España misma, en cuyo interés, en cuyo amor, en cuya felicidad están fundamentalmente inspirados.

Calixto Oyuela.


DISCURSOS

JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS EN EL «TEATRO NACIONAL»

EL 12 DE OCTUBRE DE 1882

DISCURSO INAUGURAL

SEÑORES:

Otra vez en la culta Buenos Aires, la gaya ciencia de los bardos provenzales se va á presentar entre nosotros con la corona de laurel sobre la frente.

Desde este instante, quedan dueños del campo y apoderados de nuestro pensamiento aquellos para quienes el culto que se rinde á la poesía, es la más sublime y la más bella de todas las religiones.

Con el temor de quien reconoce la pequeñez de sus fuerzas, seguro de no decir nada que responda al esplendor de este magnífico torneo, cumplo el deber de anunciaros la fausta nueva, desde este sitio de honor, enal-

tecido en pasado certamen por el talento y la elocuencia arrebatadora de un argentino ilustre, el Dr. D. Nicolás Avellaneda, cuya palabra encantó nuestros oidos é hizo rebosar el entusiasmo en nuestros corazones.

El poeta va, pues, á recibir el lauro á que le dan derecho su inspiración y su numen.

Hasta el momento en que, rompiendo el secreto que lo encubre, sea proclamado el nombre del vencedor, el premio es de la obra, no del artista: y ese premio debe, por consiguiente, ser motivo del más legítimo orgullo para el que tenga la fortuna de recibirlo.

El nombre que va á ser entregado á vuestros aplausos, lo mismo puede ser el del más esclarecido de los poetas, que el del más modesto y el menos celebrado de los ingenios. En el primer caso, habrá servido el certamen para agregar un laurel más á esa corona tan codiciada, como pocas veces conseguida, que sabe tejer la fama para los que dedican su vida y su aliento al cultivo de la bella poesía; y en el segundo, le habrá cabido la gloria de presentar en el mundo de la literatura á un nuevo poeta que, sin darse tal vez cuenta de lo levantado de su inspiración, dormido para el arte, á la manera de arrobadora melodía en las cuerdas del arpa olvidada, como diría

Becquer, sólo aguardaba la voz que le dije-se: «Levántate y anda».

En el ánimo del jurado, al pronunciar el veredicto que otorga palmas al vencedor sin lastimar por eso al vencido, ha quedado, señores, una impresión doblemente halagadora: la que dejan en la conciencia todos los actos de alta justicia y la que engendra la seguridad de que los Juegos Florales, nacidos cinco siglos ha, en las márgenes del Ródano, sostenidos por trovadores que se llamaron Arnaldo Vidal, San Jordi, Raimundo Lulio y Ausias March, y que hoy se llaman Federico Mistral y Federico Soler, echan profundas raíces en esta libre tierra americana, campo inmenso y fecundo, admirablemente preparado para que en él se desenvuelvan todos los grandes progresos y todas las grandes instituciones.

Los Juegos Florales, hállense ó no rodeados de las formas consagradas por la tradición y la costumbre, son ya un hecho entre nosotros. Y no es posible dudarlo, señores: la que contribuye á formar la literatura de un pueblo, prestando aliento al genio y despertando el amor á la gloria, esa es ciertamente una altísima institución, que debemos saludar con alborozo, como señal elocuente é in-

equívoca de la virilidad y de la cultura del presente y como feliz presagio de días de esplendor para lo futuro.

No es este el momento de disertar acerca de la influencia que ejerce la literatura sobre el carácter de los pueblos, ni de demostrar como ella contribuye á crear y á fortalecer vínculos de confraternidad y de simpatía entre las naciones: pero, permitidme, al menos, que recuerde que donde quiera que se señale en la historia la existencia de una gran literatura, allí ha existido infaliblemente una raza vigorosa y fuerte y una civilización adelantadísima.

Volvamos, si no, los ojos á la antigua Grecia, á esa Grecia hermosa en cuyo perfumado ambiente se respiraba por todas partes saber y poesía: y aquella exuberante literatura que empezó con Orfeo, el intérprete del cielo, y con Homero, el inmortal cantor de los héroes y de los dioses, produjo los genios que se llamaron Eschilo y Sófocles y Eurípides en la tragedia, y en la comedia Aristófanes y Menandro, y en la poesía lírica Píndaro y Anacreonte, en aquellos felices tiempos de Pericles, en que pudo alcanzar el pueblo griego la más encumbrada cima de su gloria; y cayó, para no volver á levan-

tarse, cuando se derrumbaron sus institucio-nes y su independencia bajo el peso de las armas de sus conquistadores.

El pueblo romano legó á la historia, como imperecederos monumentos de sus días de grandeza republicana y de los primeros tiem-pos del imperio, los nombres de los Virgilio y los Lucrecio, los Horacio y los Ovidio, los Plauto y los Terencio: y pasó, para no vol-ver más, aquel siglo de oro de las letras latinas cuando el pueblo-rey, degradado y corrompido bajo la tiranía de sus Césares, vió que se ahogaban sus soberbios ideales en el ruido de las orgías y en el desenfrena-do clamoreo de los juegos del circo.

¿Queremos un ejemplo de ayer? Luis de Leon y Garcilaso, Góngora y Quevedo, Cal-derón de la Barca y Lope de Vega, y Alar-cón y Tirso de Molina, hicieron de la litera-tura española tal vez la primera del mundo, en aquella época de descubrimientos y con-quistas, de altos hechos y legendarias em-presas en que el sol no se ponía en los domi-nios de su patria.

Y si volvemos la vista á este esclarecido suelo, nunca, señores, nunca el laud de los bardos argentinos resonó con mayor inspira-ción ni mayor brío que en estos tiempos en

que, después de derrocada una ominosa dictadura, trabaja el pueblo con empeñoso brío en la constitución de una poderosa nacionalidad, y ve abrirse en lontananza esos vastos horizontes en que resplandece la luz anunciadora de los grandes hechos que está destinado á realizar en el mundo americano.

Hé aquí como la poesía no es algo pasajero y efímero que sirve sólo para entretener y deleitar el espíritu: ella sigue á las naciones así en sus encumbramientos como en sus ruidosos cataclismos, y las entrega á la historia en la justa medida de su adelanto y de su cultura.

Y este sublime poder de la poesía, esta influencia que ejerce sobre su época, esta fascinación en que nos envuelve al cantar lo pasado, al interpretar lo presente, al adivinar lo porvenir, se conciben y se explican con sólo recordar que ella, en realidad, no es una de las bellas artes, sino el arte universal, el arte por excelencia.

Por eso afirma un ilustre pensador contemporáneo, que es la poesía «la encarnación de lo que hay de más íntimo en el corazón del hombre, y de divino en su pensamiento, y de lo que la naturaleza tiene de magnífico en sus imágenes y de melodioso en sus sonidos».

No he de decir por qué debe ser admitido como cierto este elevadísimo concepto que de la poesía tienen los más eminentes estéticos de la edad moderna. Pero, ¿por qué no recordarlo? La música, la pintura, la escultura son elementos que entran siempre en la composición de las creaciones del poeta, en las que encontramos el colorido y los tonos admirables del cuadro concebido por la fantasía del pintor, que roba la verdad á la naturaleza con la magia de sus pinceles; las formas plásticas de la estatua, arrancada por el cincel y el pensamiento al granito de las montañas; el ritmo y la cadencia y la armonía de la música que sumerge el espíritu en sublimes arrobamientos.

Y por encima de todo esto, en la creación del poeta, además del colorido y de la forma plástica y de la armonía musical, encontramos el movimiento y la vida y la expresión acabada de todos los sentimientos y de todas las ideas, viniendo á ser así el arquetipo, la realización más acabada y más perfecta de la belleza concebida por el entendimiento humano.

¿Cómo, pues, admitir, señores, que la poesía sea algo sin importancia real, sin influencia en la vida de los pueblos, ni mucho me-

nos que tienda á desaparecer á medida que las nuevas ideas van difundiendo su luz por todas partes?

No. Si el espíritu humano crece y se desenvuelve y se agiganta en los modernos tiempos, también la poesía, siguiéndole en su grandiosa evolución, tiene por necesidad que crecer y agigantarse.

Se ha dicho que las épocas de mayor oscuridad, son las más adecuadas para el desenvolvimiento de la poesía: y así lo manifiesta el más insigne de los críticos ingleses, estudiando las creaciones del inmortal autor del Paraiso Perdido. Error gravísimo, señores, que solo podríamos aceptar cerrando los ojos ante las literaturas europea y americana en la época moderna.

De ser verdadera la teoría, las tribus de las selvas deberían tener poetas más inspirados que la más civilizada de las naciones: y ni esto ha sucedido, ni sucederá jamás seguramente.

Depende el error de una especie de ilusión óptica del entendimiento, si me es permitida la frase. Al contrario de lo que sucede en el mundo que cae bajo el dominio de nuestros sentidos, el genio aparece tanto más potente y esplendoroso cuanto mayor es la distancia

que le aleja de nosotros. Cuando la insaciable voracidad de los tiempos haya demolido nuestras instituciones, cambiado nuestras costumbres y transformado nuestros idiomas, las generaciones del porvenir han de mirar á Lord Byron y Leopardi, á Victor Hugo y Longfellow, á Campoamor y Núñez de Arce, como verdaderos portentos de inspiración poética, tan colosales como aquellos que inmortalizaron las literaturas griega y romana, y que supieron llevar la fuerza de la inspiración, así como la majestad y la perfección de la forma, hasta un extremo casi inconcebible.

Es preciso que desterremos para siempre de nuestro espíritu ese pernicioso escepticismo que no ve en la poesía sino una especie de planta exótica, arrancada de más oscuras edades, y que vive raquítica y agonizante en medio de esta fastuosa civilización que nos rodea: que ni el fragor de las fundiciones, ni el grito de las locomotoras, ni el estruendo de los talleres han ahogado ni ahogarán jamás los cantos de los poetas, destinados á inmortalizar en inspiradas estrofas, mejor aun que en los mármoles y mejor que en los bronces, estas mismas grandezas de nuestro siglo.

SEÑORES:

Voy á concluir.—Porque estamos en la fiesta de los poetas, he pretendido decir apenas lo que es la poesía.—Disculpad mi atrevimiento.

Pero estamos, también, en la fiesta de la confraternidad de dos pueblos estrecha é indisolublemente unidos por la sangre y por la lengua y por la historia. La América española ostentará siempre como su más preciado timbre de nobleza, el nombre de aquella esclarecida tierra que por darle vida, no tuvo reparo en prodigar generosamente la suya. Cuando lleguen á las playas de mi patria los ecos del entusiasmo con que en suelo americano habeis recibido la iniciativa de la asociación española á que se debe este fausto acontecimiento, ellos repercutirán con inmensa simpatía y con júbilo indecible en todos los corazones.

Y esa España, que se enorgullece del prodigioso adelanto de estas nuevas repúblicas, que son sus hijas, como si fuese su propio adelanto, enviará á través de los mares al noble pueblo argentino, á la patria gloriosa de San Martín y Rivadavia, el más efusivo

de los saludos, llena de amor y radiante de alegría.

Saludemos nosotros, señores, á esta institución de los Juegos Florales, destinada tal vez á despertar al genio que ha de cantar esa grandiosa epopeya de toda la América, que se llama la consagración del principio de libertad y el desenvolvimiento de la idea republicana.

EL PROGRESO

Fragmento de la conferencia "El progreso en el arte"

(CLUB ESPAÑOL—24 DE JUNIO DE 1883)

Debemos, pues, estudiar si dada la naturaleza del espíritu humano, es posible que en él decaiga el amor por todo lo bello y la admiración por todo lo grande; debemos indagar cuidadosamente si es un hecho que, á medida que avanza la civilización, á medida que se realiza el progreso en el tiempo y en el espacio, languidece el arte y tiende á desaparecer la poesía.

Se me podrá observar: habeis dicho que avanza la civilización ¿es cierto que avanza? Habeis hablado del progreso ¿existe el progreso? El mejoramiento indefinido del espíritu y de la condición humana en general ¿es una realidad? ¿Estáis seguro de que existe el progreso indefinido?

Un poeta de altísima inspiración, casi de nuestros dias, llorando amargamente sobre sus laureles y renegando de ese mismo mundo que, antes que las del sepulcro, le abrió las puertas de la inmortalidad, el gran Lamartine, ha hecho una solemne profesión de fe negando que el progreso y la perfectibilidad humana fuesen una verdad y sosteniendo que eran teorías nuevas, tan inadmisibles como absurdas, «la irrisión de la especie humana, la paradoja del dolor, de la miseria y de la muerte, el desafío á toda realidad.»

¿Decís que Lamartine no tiene razón? ¿Que la suya es la teoría nueva, la doctrina absurda, y no la de la perfectibilidad humana?

Pues hay quien va más lejos todavía. Ya veis si he tenido razón para detenerme á preguntar si el progreso indefinido era una verdad.

Más lejos que Lamartine, infinitamente más lejos, va Schopenhauer, fundador en los últimos tiempos de una escuela que no sólo niega el progreso, sino que sostiene que la humanidad es algo inmensamente despreciable, es una especie de error, de aberración de la naturaleza; y que los esfuerzos de los hombres sólo serán levantados y meritorios

en cuanto tiendan á anonadar, á aniquilar, á conseguir que desaparezca la especie humana.

Se dirá que esto sólo puede ser sostenido por un espíritu extravagante; pero no olvidemos que Schopenhauer es un gran pensador, un gran sistematizador, en una palabra, un gran filósofo; no debe olvidarse que en la culta Alemania esa teoría extravagante y absurda á primera vista, ha llegado á formar escuela, sostenida, entre otros, por hombres de ciencia de la talla de Eduardo von Hartman.

Para Schopenhauer, para su escuela, el mal supremo entre los males, es el existir. ¿Cómo ha de admitir el progreso, si ha de ser consecuente con su doctrina?

«El fondo idéntico é inmutable—dice—á través de todos los cambios, en las cualidades del corazón y de la cabeza, en el hombre, es este: muchos malvados, pocos buenos».

Según él, la divisa de la historia debiera ser: *eadem, sed aliter*, la misma, pero diferente.

«Cuando se ha leido á Herodoto—añade—con un espíritu verdaderamente filosófico, se ha estudiado suficiente historia, porque en él se encuentra cuanto constituye la vida de

la humanidad: los esfuerzos, los actos, los dolores, los destinos de la especie humana, tales como resultan de sus cualidades físicas y morales. Lo que la historia refiere no es, en el fondo, más que el sueño largo, pesado y confuso de la humanidad.»

He aquí la negación más rotunda y más absoluta del progreso.

Y de conclusión en conclusión, la escuela pesimista alemana llega á establecer que el mal y el dolor son los que imperan perpetuamente asi en el mundo moral como en el mundo físico: y que siendo el *no ser*, el *nirvana* del Budhismo, la aspiración más noble y la suprema perfección de la humanidad, debiera ésta procurar extinguirse, no por medio del suicidio, sino absteniéndose de dar vida á nuevas generaciones.

Los espíritus no templados al fuego de las eternas verdades, dudan á veces, y desfallecen al tropezar con semejantes doctrinas que, llevando al corazón un inmenso desconsuelo, matan y ahogan en él toda iniciativa y todo impulso levantado y generoso. Si la humanidad es una despreciable podredumbre que se agita miserablemente en la superficie de este pequeño globo, perdido en la inmensidad de los espacios; si este mundo

no es más que un lugar de prueba donde el dolor nos permite encontrar una facil preparación para la vida eterna, sin que haya vínculo alguno que enlace á las presentes generaciones con las generaciones del futuro, como no lo ha habido entre las del pasado y las del presente; si esto que se llama perfectibilidad humana es un absurdo, un sueño, una quimera vana con que los hombres nos engañamos los unos á los otros, empezando por engañarnos á nosotros mismos, ¿para qué sirve la vida? ¿de qué valen los nobles impulsos del corazón? ¿para qué esforzarnos en ser mejores, á fin de que sean mejores nuestros hijos, y mejores los hijos de nuestros hijos?

Pero no, señores: el progreso es una verdad; nuestra perfectibilidad es un principio que lleva en sí la fuerza del dogma: y la verdad tiene fueros que jamás son impunemente desconocidos. En frente de Lamartine, que dice que la filosofía del progreso es una «irrisión de la especie humana», se levanta Pelletan, clamando con voz atronadora: «¡el mundo marcha!» En frente de Schopenhauer, que establece que el principio de la ciencia es el horror á la vida, el fastidio del ser ó del existir, y que lo creado es

una aberración del Creador, grita Edgar Quinet con acento olímpico á la humanidad entera: «Los nuevos tiempos necesitan un nuevo espíritu. La filosofía de la desesperación, está en contradicción con el Universo en que todo vive y muere para volver á vivir. En el siglo diez y seis, la tierra volvía á encontrar su verdadero sitio en el cielo; hoy le ha llegado el turno al hombre. Por primera vez, vé claro en sí mismo. Si quiere reconocerse, lo puede. Hemos llegado al camino real en que se reunen todas las verdades. Reverberación de verdades que brillan repercutiéndose de la astronomía á la geología, de la geología á la historia natural, de la historia natural á la sociedad civil, para encontrarse, como en su último hogar, en el génesis de la inteligencia humana».

Frente á Lamartine, Pelletan; frente á Schopenhauer, Edgar Quinet; frente á los dos, la conciencia universal, inmenso crisol en el cual se condensan y purifican todos los grandes sentimientos, todas las grandes aspiraciones, que al ser aplicadas á la vida real, se traducen en esos principios inmutables que rigen el destino del hombre sobre la tierra. En esta lucha de titanes, serán los vencedores,—jamás los vencidos,—aquellos cuya

doctrina revela con claridad evidente su perfecta conformidad con la naturaleza.

A donde quiera que se dirija nuestra vista, allí donde quiera que penetre nuestro pensamiento, todo tiende á demostrarnos que la filosofía de la perfectibilidad del hombre es la filosofía de la verdad. El mismo globo que habitamos es una prueba incontrastable de que todo, absolutamente todo, está sometido en él á las leyes del progreso.

En ese inmenso libro abierto á nuestra inteligencia, podemos leer con claridad que el mundo, globo de fuego en un principio, necesariamente refractario á toda vida orgánica, fué lentamente enfriándose por la perenne irradiación de su calor interno, hasta que el endurecimiento de su corteza permitió que en ella brotasen los musgos, y las algas y los helechos, tentativas las más elementales de la vida vegetal; podemos leer en él de qué manera á las plantas siguieron los moluscos, y á los moluscos los cuadrúpedos monstruosos y los grandes cetáceos, y á estos las aves, y así sucesivamente hasta llegar al que podemos llamar el arquetipo de todo lo que existe, al hombre; y nos encontramos al terminar nuestro análisis, para valerme de las palabras de un

eminente pensador, con que el vegetal significa un progreso sobre el mineral, el animal sobre el vegetal, el hombre sobre el bruto.

Y si examinamos al sér racional desde su aparición en la superficie del globo, desnudo, sin otra defensa que la luz de la idea que brilla en su cerebro, expuesto á todas las inclemencias y á todos los peligros, le veremos pasar de la vida de cazador á la de pastor, de la de pastor á la de agricultor, de la de agricultor á la de industrial, obedeciendo siempre á la ley que le lleva y le empuja hacia su perfeccionamiento.

El hombre, después que ha llegado á la vida industrial y se ha congregado con el hombre bajo determinadas condiciones para vivir en una sociedad regularmente organizada, realiza verdaderas maravillas, en la ciencia, en el arte, en la política, en las múltiples manifestaciones de su actividad; y cuando vemos que cubre su desnudez, no con las pieles de la fiera que cazó en los bosques, sino con los productos de portentosa maquinaria con la cual supo esclavizar las fuerzas de la naturaleza; cuando observamos que se abriga de la intemperie en magníficos palacios, levantados por el genio de la arquitectura; que atraviesa los continentes y los océa-

nos en alas del vapor con rapidez vertiginosa; que se orienta, con la brújula, en la soledad de los mares y de los desiertos; que escribe su pensamiento, é inunda con él la tierra toda por medio de la invención de Gutenberg; que trasmite instantáneamente la palabra del uno al otro extremo del universo, utilizando el rayo arrebatado á las nubes; que roba su luz al sol para obtener la exacta reproducción de lo existente; que se apodera de la lente y descorre á los pasmados ojos de la inteligencia el velo que encubre el mundo de lo infinitamente grande y el mundo de lo infinitamente pequeño; que escribe códigos, y emancipa esclavos y crea instituciones basadas en el principio de igualdad, proclamando la libertad y la independencia de la conciencia humana; cuando le vemos, repito, empeñado en realizar tan estupendas concepciones, y volvemos la vista con espíritu sereno al estado rudimentario en que aún se encuentran el patagón ó el hotentote, es menester convenir, señores, en que sólo podrá sostener que es una ilusión nuestra perfectibilidad, aquel que tenga valor suficiente para afirmar que no es la luz del sol la que nos trae el día.

Estos y otros mil, cuya enumeración no

cabe ya en lo posible, son los prodigios de ayer; ¿cuáles serán los de mañana? ¿Qué otros portentos descubrirá la ciencia? ¿Qué nuevos secretos se arrancarán á la materia? No lo sabemos, pero ellos vendrán mañana, como vienen hoy, como vinieron ayer, en progresión inacabable y eterna, á la manera de himno gigantesco que perennemente se levanta y truena en los ámbitos infinitos, revelando á la conciencia de todas las generaciones que se realiza en el tiempo y en el espacio, con majestad incontrastable, el progreso indefinido del espíritu humano.

DISCURSO DE CLAUSURA

DE LOS JUEGOS FLORALES

CELEBRADOS EN EL «TEATRO COLÓN»

(12 DE OCTUBRE DE 1884)

SEÑORES:

Difícilmente se concibe una situación más honrosa, pero tampoco más comprometida que la mía en este instante: porque levantar la desautorizada voz aquí donde la bella poesía acaba de embriagaros con sus delicados perfumes y de deslumbraros con el rico atavío de sus galas, vale tanto como aventurarse á correr el seguro riesgo de empalidecer el majestuoso esplendor de esta solemnidad inolvidable.

Sería, ciertamente, más placentero para vosotros abandonar este recinto mientras repercutiesen en vuestros oidos los últimos acentos y el ritmo sonoro del canto de los

poetas, que acaso mortificados por el recuerdo de la ingratísima impresión de mi palabra; pero mi discurso ha de tener para vosotros un mérito indiscutible: el de ser breve.

Y cumpliendo un deber de cortesía, irán sus primeras palabras encaminadas á ofrecer mi saludo y mi respeto á la gallarda reina del torneo, rindiendo así el más cumplido homenaje á la juventud y á la hermosura.

Por lo demás ¿qué podré yo decir en honor y alabanza de esta fiesta sublime en que la idea ha venido á luchar con la idea, en que la inspiración ha venido á disputar á la inspiración la palma de la victoria? Ya lo habeis visto; por tercera vez entre nosotros, el certamen más glorioso entre los certámenes de la actividad humana, acaba de celebrarse en medio de la más brillante magnificencia, coronada por vuestro aplauso, viniendo así á decirnos con poderosa elocuencia, que los Juegos Florales son ya una institución que reclama como suya el genio de la América latina.

Y este notable fenómeno, en cuya presencia todo corazón que sepa concebir y amar la belleza, se ensancha y regocija, no es ciertamente algo que deba ser sólo atribuido al

laudable esfuerzo de ciertas distinguidas personalidades, ni al concurso más ó menos fortuito de determinadas circunstancias: este fenómeno, encuentra su lógica y facil explicación en la manera cómo esta nacionalidad se ha ido formando y desenvolviendo, y en el estado actual de sus instituciones y de su existencia como pueblo libre.

Porque el pueblo argentino, durante muy largos años de su vida independiente, en vez de escribir poemas, ha tenido que escribir con sangre de sus héroes y con sangre de sus mártires la cruenta y dolorosa historia de su organización social y política. Y entonces, ¿cómo era posible que desplegasen esplendor y brillo las letras y las artes? ¿cómo, la poesía había de encontrar cultivadores, en esos tiempos de suprema crisis en que el espíritu argentino abrigaba una sola soberana aspiración, salvar la libertad y constituír la patria? ¿cómo, si los campos de batalla reclamaban al soldado, y el parlamento al político, y la tribuna al orador, y siempre al buen patriota, el puesto de peligro?

No. En épocas de turbulencia, en tiempos de opresión, en tiempos de descomposición social, no pueden progresar las letras, ni progresarán jamás en pueblo alguno.

Pero hoy, el espíritu literario se levanta cobrando nuevo aliento, y nuevo brío y entusiasmo nuevo, y á la fecunda musa del poeta se ofrecen, como nunca, los más hermosos y los más vastos horizontes. Los Juegos Florales lo dicen.

En triple certamen, los vates argentinos han derramado torrentes de inspiración en cadenciosas estrofas, y han visto coronada su frente con la diadema de la gloria.

¿Por qué? Porque asentada la organización de esta tierra sobre inconmovibles bases, han concluido aquí, tal vez para no volver, las épocas de las grandes convulsiones sociales y de las grandes catástrofes políticas; porque este nobilísimo pedazo de la América española seguro de su porvenir, confiado en sus destinos, ha roto para siempre en mil pedazos la espada con que el hermano se lanzaba á luchar contra el hermano, y abriendo generoso los brazos á todos los pueblos del orbe, á quienes brinda con los beneficios de la paz y con la exuberante riqueza de su suelo, se entrega con empeñosa resolución á la fecundísima tarea de labrar su propio engrandecimiento.

Así debía suceder, señores: y era tiempo ya de que así sucediese.

Porque, salvando los desiertos y los bosques del trópico ardiente, salvando la anchurosa soledad de los mares, irán los productos de este suelo privilegiado al Septentrión y al Oriente y á todos los ámbitos de la tierra, á decir que aquí hay riqueza, y hay porvenir, y hay aliento, y hay vida; pero eso no basta; es menester que salvando esos desiertos y esos mares, vaya el libro del filósofo y el trabajo del jurisconsulto, y la investigación del naturalista y el inspirado canto del poeta, á decir que hay aquí inteligencia nutrida de savia nueva, que aquí hay pensamiento propio, y amor á la libertad y sabias instituciones, y que si hoy se levanta este pueblo lleno de robustez y de brío, todos le vislumbramos, allá en el porvenir, siendo el asombro de las naciones.

No basta que este pueblo envíe á otras regiones sus riquezas: es menester que envíe también su espíritu.

Y ya le envía, señores. No de otro modo se explica que la América toda tenga hoy puestos sus ojos en estas márgenes del Plata; que el viejo mundo presienta y sepa que aquí se desenvuelve una nación en cuyo seno se albergan colosales energías; que la madre patria, cuya musa viene á confundirse aquí

en estrecho abrazo, y en prueba de fraternal amor, con la musa americana, contemple el maravilloso progreso de este pueblo, que es sangre de su sangre, con lágrimas del más ardiente júbilo y con el corazón henchido de entusiasmo.

Por eso decía que estos Juegos Florales, en hora feliz aquí implantados por un hombre que la gratitud obliga á recordar, por Don Joaquín Castro Arias, bajo los auspicios del Centro Gallego de Buenos Aires, dejan desde hoy de ser la obra de una asociación española para convertirse en una institución pura y genuinamente americana.

Saludémoslos, señores, y esperemos que ellos han de producir algún día sazonados frutos de valor inapreciable. Cuanto se haga por enaltecerlos, cuantos esfuerzos se realicen en el sentido de favorecer este gran desenvolvimiento literario que por todas partes se advierte, con la celebración del certamen, y la formación del ateneo, y la erección de la cátedra, estimulando la inspiración, despertando la inteligencia, serán otros tantos pasos que se den hacia esa hermosa y codiciada meta de la cual jamás deben los pueblos apartar sus ojos.

Porque las bellas letras llevan algo en sí

que ennoblece nuestro ser, y lo purifica, y lo levanta por encima de las mezquindades de la vida, sembrando en su seno el bendecido germen de todo lo grande y de todo lo bueno; porque la poesía, que enardeciendo nuestros corazones, posee el mágico secreto de despertar en ellos el sagrado amor de la familia y de la patria, que sabe mover nuestra ternura cuando canta ajenas desdichas, que embelesa y subyuga el pensamiento cuando refiere las proezas de los héroes, es la condensación de lo que hay de más sublime en nuestro espíritu, ora se llame el que lleva en su frente la luz del genio Lord Byron ó Víctor Hugo, ora se llame Manuel José Quintana ú Olegario Andrade.

Pues qué: ¿no es por ventura la poesía la que con secreta atracción os ha congregado aquí, encadenándoos á su melodioso ritmo y á sus peregrinas bellezas y á sus magníficas concepciones, la que conmoviendo las más delicadas fibras de vuestro sentimiento y despertando vuestro entusiasmo, acaba de arrancar los férvidos aplausos con que habeis querido galardonar la inspiración de los poetas?

Ah! felices, mil veces felices los cantores afortunados que han merecido vuestros víto-

res. Yo se los envío también desde el fondo de mi alma, yo se los envío y les saludo, que ellos son los elegidos de los dioses, los inspirados que pueden levantar la luminosa frente ornada con la aureola de las aureolas, porque la gloria del poeta es quizá la única que con sus soberanos resplandores, tiene la suprema virtud de salvar la inmensidad de los espacios y de llenar la eternidad de los tiempos.

VELADA LITERARIA

EN EL CLUB ESPAÑOL

DISCURSO INAUGURAL

(2 DE MAYO DE 1886)

SEÑORES:

Quisiera acertar á describir cuán atrayente y poderosa es la magia del recuerdo; porque la religión del recuerdo ha existido y existe y existirá siempre entre los hombres, como una de las más imperiosas necesidades del espíritu.

En él cifra, con frecuencia, el individuo, sus más inefables satisfacciones; él preside, casi siempre, los más íntimos regocijos de la familia; él tiene, por fin, el poder de exaltar á los pueblos, produciendo en ellos verdaderas explosiones de entusiasmo.

Por eso los españoles recordamos con legítimo orgullo el Dos de Mayo: fecha infaus-

ta, sí, pero que perpetuará en la historia el heroismo de una nación herida en sus más íntimos sentimientos, y que fué el principio de una lucha titánica en que, para salvar la amenazada independencia, era menester destrozar las poderosas legiones del que entonces podía considerarse como árbitro de los destinos del mundo.

Los pueblos retemplan su vitalidad y su energía ante el recuerdo de sus pasadas grandezas. Desdichado aquel que reniegue de su historia y que no encuentre en ella dignos ejemplos que imitar, ni levantados hechos en que inspirarse, porque, falto de confianza en sí mismo, convencido de su propia pequeñez, jamás podrá acometer nobles empresas, ni podrá nunca soñar con la realización de grandes aspiraciones.

¿Qué otra cosa sino el recuerdo de su historia, hizo que ayer todavía, el pueblo italiano concibiese y realizase el atrevido pensamiento de su unidad, y que hoy luche la Grecia, la desamparada Grecia, contra la Europa toda, para reconquistar el esplendor de otros tiempos?

Solamente las razas degeneradas y cubiertas de oprobio, olvidan lo que fueron, como avergonzadas de sí mismas.

Por suerte suya, el pueblo español tiene mucho, pero muchísimo que recordar.

Antes de la guerra de la independencia, proclama nuestro heroísmo el combate de Trafalgar, en que no se supo si había cabido mayor gloria á los vencedores ó á los vencidos; y antes de Trafalgar, vemos como nuestro poderío se extiende por la Europa, mientras admiramos el florecimiento de la más rica y de la más hermosa de las literaturas, que brilla en nuestros anales con luz inextinguible, como brillan las inmortales creaciones de Murillo y de Velázquez, de Zurbarán y de Rivera; y más lejos, completamos un mundo caduco y envuelto en las tinieblas de la Edad Media, descubriendo otro nuevo, con solo equipar tres pobres carabelas y lanzarlas en la inmensidad de los mares; y más allá, vemos á España escribir con sangre la más grande epopeya que registra la historia, siendo por espacio de ocho siglos, desde el grito de independencia lanzado en Covadonga por los indomables astures, hasta la rendición de Granada, baluarte inexpugnable contra la irrupción agarena; y mucho más léjos, las tenacísimas guerras de los cántabros contra las águilas romanas, y defensas de un heroismo sin ejemplo, como

en Numancia, y sacrificios casi legendarios, como en Sagunto.

¿Y por qué estos hechos, y otros mil que no podrían ser enumerados, — tantos son ellos,—viven en nuestra memoria, exaltando nuestro entusiasmo y dominando nuestro pensamiento?

Porque España, con ese maravilloso instinto que tienen los pueblos para presentir sus destinos, conoce que palpita en el fondo de su sér el germen vigoroso de su futura grandeza; y así, el recuerdo de tan brillante pasado, nos lleva, como de la mano, á pensar en un porvenir más brillante todavía.

Y en ese camino estamos, señores.

A contar del Dos de Mayo de 1808, las ruinas de Zaragoza y Gerona, y los campos de Bailén y Talavera, son testimonio elocuente de como, ante la bravura de los españoles, se estrelló aquel hombre, genio de la guerra, para cuya inmensa ambición parecía estrecho el mundo; y en dos ocasiones, después de sangrientas luchas intestinas, hicimos que el espíritu moderno y las instituciones nacidas al calor de sagrados principios, triunfasen de las viejas teorías, extirpando para siempre de nuestra organización social, errores funestos y seculares

tradiciones; y nuestros pendones atravesando el Estrecho, para vengar sangriento ultraje, fueron á tremolar sobre los muros de Tetuán, después de arrollar las huestes marroquíes en jornadas para siempre memorables; y aun ayer, ayer mismo, el león español lanzó espantoso rugido que repercutió en el orbe entero, al ver que con arterías innobles, se pretendía arrancar á sus dominios un apartado archipiélago, y demostró estar dispuesto á perecer luchando antes que consentir tamaña afrenta.

Vamos por ese camino, digo, porque durante estos ochenta últimos años, nuestra política y nuestras instituciones han sufrido radicalísimos cambios, y el pueblo ha podido educarse en la escuela de la libertad, preparándose así para el advenimiento de nuevos ideales. A partir del Código inmortal de 1812, hemos ido poco á poco, de reforma en reforma, si bien con dolorosas alternativas, hoy desvinculando los mayorazgos, secularizando los bienes de la Iglesia, unificando los impuestos, proclamando, después, la libertad religiosa y estableciendo el matrimonio civil, depurando, siempre, nuestra legislación y asentando sobre más sólidas bases el sistema parlamentario, hemos ido lentamente,

digo, afianzando nuestro progreso y colocando nuestras instituciones á la altura de otros pueblos de Europa tenidos por modelos de adelanto y de cultura.

¿Y en el terreno del arte?

Poetas inspiradísimos é insignes novelistas, cuyos nombres lleva la fama de pueblo en pueblo, formando un nuevo siglo de oro de las letras españolas; celebérrimos pintores y escultores eximios que van por todas partes cubriendo de gloria el suelo en que nacieron; celebrados compositores, que empiezan á revelar al mundo los inagotables tesoros de nuestra música popular, todos, todos nos dicen, con elocuencia irresistible, que asistimos á un poderoso renacimiento, fruto preciadísimo y lógica consecuencia del desenvolvimiento del principio de libertad.

Y si á este recuerdo agregamos el de esa pléyade de hombres ilustres, gloria de la ciencia, y de la tribuna, y de la política, y de la filosofía, y nos fijamos un instante, dejando á un lado apasionados pesimismos, en el enorme desarrollo alcanzado en lo que va de siglo, por nuestra poblacion, por nuestro comercio, por nuestra producción, tenemos por fuerza que convencernos de que pueblo que con tantos y tan valiosos elementos cuenta

irá lejos, pero muy lejos, en no remoto plazo.

La generación que alcance la segunda mitad del próximo siglo, á cuyas puertas estamos ya llamando, verá seguramente lo que hoy no podemos quizá presentir ni conjeturar siquiera.

Media centuria llevamos de laboriosa crisis para afianzar las nuevas conquistas. No se extirpan ni desarraigan en un solo día duros resabios y rancias preocupaciones que han consagrado los siglos. Entregados con loco empeño á perfeccionar instituciones políticas, fuerza es convenir en que los españoles hemos descuidado no poco el desarrollo de nuestros intereses materiales; pero nada más sencillo que la explicación de este fenómeno.

Nos sucede lo que al pájaro que recobra su libertad después de haber pasado largo tiempo en estrecha jaula. Ni sabe que rumbo seguir, ni tiene fuerzas para remontar su vuelo: el deseo le engaña y le rinde la fatiga. Nosotros hemos querido desquitarnos de largos años de absolutismo en breves días de libertad: y de esto ha provenido esa especie de exceso de amor á la vida pública, produciendo las consiguientes perturbaciones que

los enemigos de la libertad aprovechan para presentar como inequívoca señal de decadencia y retroceso.

Pero nó: el término de la crisis se aproxima, y allá en el oriente brillan los resplandores de un nuevo día, sereno y grande, para nuestra organización social y política.

Como dijo un insigne pensador, los nuevos tiempos necesitan un nuevo espíritu. Caerán rotos en mil pedazos los viejos moldes de nuestra sociabilidad y el siglo venidero verá asentado sobre bases inconmovibles el dominio de los principios democráticos.

Y entonces, satisfechas tales aspiraciones, entregado el pueblo á la labor fecunda que arranca el duro mineral á las entrañas de la tierra, y siega la dorada miés en los feraces campos, y transforma los productos de la naturaleza entre el sublime estruendo de los talleres, y extrae de los mares la abundante pesca; cruzado nuestro territorio por vías sin cuento; surcados nuestros mares por una marina mercante, floreciente y rica; habilitados y mejorados los innumerables puertos con que la naturaleza ha enriquecido nuestras costas, entonces, señores, habrá llegado el momento de tomar noble desquite del injustificable olvido en que hoy

se nos tiene, haciendo que todos los pueblos de la tierra tiendan hacia nosotros sus brazos con amor y con respeto.

El impulso está ya dado, y no es posible retroceder.

Las instituciones todas, la educación popular, la producción, el comercio, la literatura, el arte, marchan por igual, siguiendo el camino ya trazado, hacia un positivo engrandecimiento.

Nuestras colonias, al calor de las ideas del porvenir, adquirirán desarrollo inmenso que las pondrá en condiciones de ser pueblos libres, hermanos vinculados á nuestro modo de ser por el común interés, y el común origen. La península ibérica formará, y no es posible dudarlo, una nación sola, realizándose de tal suerte esa eterna y generosa aspiración de los pueblos español y lusitano.

Extenderase nuestro dominio por el norte de Africa, y sobre las empinadas cumbres del Atlas flotará el pabellón ibero, menos orgulloso ciertamente de la conquista, que de haber llevado á aquellas feraces regiones la civilización, el bienestar y la riqueza.

Y después... ¡quién sabe á donde el genio español puede ser conducido por el destino, sabiendo que el mapa de todo un continente

puede ser profundamente transformado una y más veces, en el espacio de un siglo, por virtud de esas inmensas conflagraciones internacionales que asumen las proporciones de verdaderos cataclismos!

Y no es esto pintar á medida de mi entusiasta deseo la España del mañana; es formular una ley inflexible de la historia que debe cumplirse.

Porque, señores, cuando vuelvo la vista al pasado, y me abismo en el recuerdo de tantas glorias y observo con mirada serena las conquistas realizadas en poco más de medio siglo de lucha, en vez de limitarme á admirar las unas y á enorgullecerme de las otras, mi espíritu se lanza en pos de la España del porvenir, y al contemplarla allá á lo lejos, envuelta en luz, sale del fondo de mi pecho un grito de patriótica esperanza que daría la sangre de mis venas por que repitiesen cuantos en su suelo han nacido, y por que resonase con cariñosa simpatía en los oidos de todos los hombres y de todos los pueblos.

CENTENARIO

DE

LA DESTRUCCIÓN DE LA BASTILLA

CELEBRADO EN EL TEATRO «ONRUBIA»

(14 DE JULIO DE 1889)

SEÑORES:

Empiezo pidiendo vuestra benevolencia, porque sin la autoridad que atribuye el renombre, sin la confianza que da el derecho, sin la seguridad que nace de la elocuencia, vengo á levantar mi voz entre vosotros.

Pero traigo en cambio en mi cerebro convicciones arraigadísimas, entusiasmo en el corazón, fe sincera en el alma; además, vosotros me habeis dispensado el honor de llamarme, para que aquí, en fiesta que celebrais los hijos de Francia, se escuchase el acento del más oscuro de los representantes de la

democracia española, y esto disculpa el atrevimiento de querer reflejar con mi palabra la gloria de los grandes recuerdos y el resplandor de las grandes esperanzas.

Porque esa misma fe, ese mismo entusiasmo es el que hoy nos congrega para rendir homenaje á una de las efemérides más memorables que registra la historia del mundo; homenaje justísimo, como ninguno, magnífico espectáculo que nos dice con la más persuasiva de las elocuencias, que si un día los pueblos se prosternaban ante los tiranos, hoy se prosternan solamente ante los eternos principios de la libertad y del derecho.

Una centuria va pasada, señores, desde aquella tremenda jornada; un siglo, un instante en la vida de los pueblos; y sin embargo, jamás la humanidad recorrió más largo camino en menos tiempo.

Volved los ojos al pasado.—La ley era la voluntad del soberano, tal vez el antojo del favorito, acaso el chiste vil del bufón de la corte. El señor feudal, la comunidad religiosa, eran los dueños de la tierra: el mísero proletario, el siervo adherido al terruño. El fanatismo religioso con su negro séquito de inquisiciones, de persecuciones, de intolerancias, el dueño de la conciencia. El pueblo, en rea-

lidad, no existía, absorbido por esta triple manifestación de una sola y terrible iniquidad, fiel trasunto de la bárbara injusticia de los poderosos; porque el pueblo es mentira, sus derechos son mentira, son mentira sus aspiraciones, allí donde el sacerdote es dueño de la conciencia, donde el noble es dueño del territorio, donde es dueño de la persona el soberano.

Pero latían en el seno de la humanidad oprimida los gérmenes de las grandes ideas, á la manera que hierve y palpita en el fondo de los volcanes el fuego que sólo espera el momento propicio para aparecer sobre la tierra; y al calor de esas ideas nació la libertad.

Porque el sol de la libertad irradia hoy su luz bienhechora sobre todas las naciones civilizadas.—Ved como la raza latina marcha con paso resuelto y firme hacia el gobierno del pueblo por el pueblo, arrastrada por secreto impulso, que no bastan á contrarrestar ni la corruptora tendencia á los gobiernos personales, ni el poder formidable de la tradición, ni todos los elementos que, como nefanda herencia del pasado, viven en eterna conjuración y en perpétua lucha con cuanto tiende á favorecer la emancipación de los desheredados de la suerte. Y hasta los Cé-

sares que aun dominan una parte de la vieja Europa, se estremecen bajo sus férreas coronas ante los estallidos de las iras populares, y temen á cada momento ver llegar el día en que los pueblos por ellos oprimidos, tomen por su propia mano espantosa venganza de sus terribles agravios.

La ley que marca á la humanidad el camino de su perfeccionamiento, se cumple; y si antes los pueblos se descubrían ante los reyes, son hoy los reyes quienes se descubren ante los pueblos.

Ya no son la horca y el cuchillo el afrentoso padrón de ignominia que adornaba la torre del señor feudal. La inquisición ha cerrado para siempre sus antros tenebrosos. Las leyes civiles y penales han sido despojadas de su vieja barbarie, y las políticas enseñan á los gobernantes que, en vez de señores y dueños, son los servidores de los gobernados.

La guerra se humaniza, y el derecho de gentes empieza á ser verdad.—Y á favor de este espíritu que todo lo vivifica y regenera, la ciencia y la industria realizan colosales adelantos con el vapor y la electricidad, que todo lo transforman, con el libro y el periódico, que difunden por todas partes

la instrucción, ese pan del espíritu, sin el cual jamás podrán los pueblos llamarse libres, porque jamás tendrán conciencia de sus deberes ni de sus derechos.

Y puesta en este camino ¿quién sabe hasta donde llegará la humanidad? ¿quién se atreverá á medir la grandiosidad de sus evoluciones, predecir la perfección de sus ideales, señalar la ruta de su progreso?

Por eso decía que es hoy, para todo corazón generoso, la fecha memorable de los grandes recuerdos y de las grandes esperanzas.

Porque hoy, 14 de Julio, hoy, señores, hace precisamente un siglo que un pueblo heróico, agobiado por el más odioso de los despotismos, oprimido, despojado de sus derechos, sintiendo estallar en un momento el volcán de sus iras, realizó uno de esos admirables hechos, que no bastarían á ensalzar todos los cantos, ni á esculpir todos los bronces, ni á perpetuar todos los mármoles de la tierra; pues, si la Enciclopedia con Motesquieu, con Rousseau, con Voltaire, con esa pléyade insigne de pensadores que son orgullo del saber humano, invadió los espíritus preparando el advenimiento de la libertad, si la Convención nacional comenzó la era de la re-

forma pacífica, la destrucción de La Bastilla marca el principio de la revolución, toda vez que Bastilla y revolución eran incompatibles, bien se amparase en la inexpugnable fortaleza la tiranía opresora de los reyes, bien la tiranía desenfrenada de las muchedumbres.

Cayó la Bastilla, y de entre sus escombros brotó el incendio llamado á destruir los tronos, y los cetros y los alcázares de los déspotas.

¡Quién sabe, señores, si la hora en que pronuncio estas palabras, del día que hoy conmemoramos, no era la misma en que trepaban al tejado del cuerpo de guardia aquellos dos valerosos hijos del pueblo, que rompiendo á hachazos las cadenas del puente levadizo, franqueaban á la muchedumbre, sedienta de libertad y de justicia, las puertas de la pavorosa fortaleza! Honor á aquellos dos oscuros ciudadanos; honor, señores, al pueblo de París que tan magnánimo supo mostrarse en aquellos terribles momentos en que las más atroces violencias y los más sangrientos atropellos serían explicables! Pasarán los años, pasarán los siglos, y aquellos golpes del hacha revolucionaria, resonarán con ecos de la más calurosa simpatía en el corazón de cuantos sepan querer y respetar la dignidad humana.

Grande, grande como nunca en la histo-

ria se mostró el pueblo francés en aquella memorable jornada; porque esos colosos de la fuerza que han esclavizado la victoria, no son todos juntos, no, tan gloriosos como la Francia alcanzando la victoria de la libertad, asestando golpe de muerte al absolutismo de los reyes y devolviendo sus derechos á los pueblos oprimidos.

Por eso vengo aquí, señores, como latino, como liberal, como republicano, á depositar mi modesta corona de laurel á los pies de la estatua de la revolución; porque si la revolución francesa con sus horrores sublimes, horrores siempre infinitamente más pequeños que aquellos de que el pueblo infeliz había sido víctima, si la revolución francesa, digo, es un acontecimiento de que debe enorgullecerse la humanidad toda, él constituye, sin embargo, una gloria latina; gloria de esa raza, la única, señores, que á través de la historia ha sabido sojuzgar el mundo 'si un día con Roma, que le hacía temblar por la fuerza de las armas, hoy con París, que lo hace estremecerse y exaltarse con la fuerza del pensamiento.

Señores: el progreso es una sublime verdad; y en vano espíritus pesimistas, cegados por la impotencia y el error, pretenden os-

curecerla. ¿Quereis una prueba? Ahí teneis esos cien años de lucha fecunda y formidable, que comienzan el 14 de Julio de 1789, hundiendo en los abismos y esparciendo á los vientos los restos de la Bastilla, y que terminan el 14 de julio de 1889, celebrando un soberbio certamen de la industria, del comercio, de las artes, en que se reunen todas las maravillas del universo, y erigiendo en pleno Campo de Marte, en holocausto á la civilización, como queriendo escalar los cielos, la torre más gigantesca que hayan podido contemplar ojos humanos.

Sí! este siglo que va transcurrido, brillando eternamente en la historia con esplendorosa luz, será el perenne testimonio de que es una verdad la perfectibilidad humana en la ciencia, en el arte, en la política, en las costumbres, en la moral; sí, señores, en la moral, pese á nuestro propio descreimiento, porque jamás fué el hombre más generoso, en medio de su mercantilismo, ni más benigna la guerra, en medio de sus progresos, ni más numerosos los asilos para los menesterosos, ni más amplio y extendido el noble sentimiento de la caridad y de la filantropía.

Por qué? Porque los hombres empiezan á comprender que son hermanos: porque los

pueblos empiezan á convencerse de que deben vivir en comunidad de ideas y de sentimientos. Por eso cada día que pasa se hace más imposible el despotismo.

Las naciones de Europa, salvo raras excepciones, buscan la solución de los graves problemas relacionados con su organización, en poder gobernarse por sí mismas. Las constituciones por que se rigen las monarquías, en unos casos impuestas por los gobernados, en otros, acordadas á los súbditos como una gracia de los reyes, son organismos por demás estrechos y artificiosos, en que no caben las supremas aspiraciones de nuestros tiempos; porque esas constituciones son sencillamente fórmulas de transición del gobierno de uno al gobierno de todos, y no pueden prevalecer sino en cuanto razones del momento las hagan necesarias. Sólo es concebible la monarquía, como forma de gobierno permanente, cuando la monarquía es absoluta. Una vez que ha dejado de serlo, cuando ha transigido con el pueblo, podrá ser beneficiosa y hasta indispensable como solución transitoria, en épocas determinadas, pero está herida de muerte. El Czar de Rusia, al no otorgar una constitución á su imperio, es admirablemente lógico: el día en que la otorgase, ha-

bría decretado, para plazo más ó menos largo, la ruina de su trono.

Por eso, allí donde no se ha establecido aún el gobierno proclamado por la Revolución francesa, como el más perfecto entre todos, se aspira á constituirlo.

Los mismos pueblos del oriente de Europa, que hoy marchan á la ventura, sin norte ni rumbo cierto, no pueden esperar su salvación sinó de una gran confederación republicana. Allí, donde la monarquía, constituida ayer, variada á cada instante, carece del prestigio que da la historia á los reyes y la tradición á las dinastías, allí no existe otra fórmula de salvación, contra las asechanzas de los colosos del norte, que la república. ¡Ojalá, señores, que algún día podamos saludar alborozados á la Servia, la Rumania, la Bulgaria, la Grecia, la Macedonia, esos codiciados restos del desmembrado imperio turco, formando la gran Confederación danubiana!

Y aquí en América? Aquí la república, salvo eclipses pasajeros, aquí la república es verdad. Los más grandes cataclismos sociales no podrían destruirla. Y hasta el último estado que por razones históricas, fáciles de explicar, mantiene aún el régimen monárquico, siente que llama á sus puertas, con

furia desatada, el espírítu revolucionario que, después de haber roto las cadenas de sus esclavos, aspira á destruir el trono de sus monarcas.

Debemos, pues, tener fé en el porvenir; pero es menester que la retemplemos en el recuerdo de esos hechos inmortales que se llaman la Revolución francesa, que se llaman el establecimiento de la República Norte-Americana, esa heroina de los nuevos principios en este continente, que hoy recoge el fruto de haber sabido regirse por libres instituciones.

Saludemos, señores, á los hombres del pasado que en ambos continentes supieron esparcir á los cuatro vientos las semillas del árbol de la Libertad y supieron regarlo con su sangre generosa.

Imitemos su ejemplo, continuemos su obra. Y ante la evocación de la grandiosa jornada que hoy conmemoramos, y que será siempre el ejemplo de los ejemplos, yo os pido á todos que me acompañeis á gritar:

¡Viva Francia!

¡Viva la República!

———

Inauguración de la Casa de España

SALUDO

DIRIGIDO AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

DR. D. MIGUEL JUAREZ CELMAN

Y Á LA

SRA. Dª ELISA URIBURU DE CASTELLS

REPRESENTANTE DE LA REINA REGENTE

EN EL CLUB ESPAÑOL

(21 DE JULIO DE 1889)

Señor Presidente de la República:

Señora:

Señores:

Cumplo el grato deber, en mi carácter de presidente del Club Español y por especial encargo de su Comisión Directiva, de dirigir, ante todo, el más respetuoso saludo al dignísimo primer magistrado de la República, Excmo. Sr. Dr. D. Miguel Juárez Celman, y á la muy distinguida matrona Sra. D.ª Elisa Uriburu de Castells, que tan elevada representación inviste en estos solemnes momen-

tos, en que uno y otra se han dignado honrar nuestra modesta casa con su presencia.

Y cumplo el no menos agradable, señores, de tributar al Sr. D. Luis Castells, en presencia de todos vosotros, el homenaje que merece su rasgo de patriótico desprendimiento, donando á España un suntuoso edificio que, al perpetuar su nombre, será un ejemplo vivo y un estímulo perenne para acciones levantadas y generosas.

Bien puede hallarse este benemérito hijo de España orgulloso de su obra; y yo entiendo que por señaladas que sean las distinciones y las recompensas que el porvenir le depare, ninguna igualará jamás á la legítima satisfacción de que, á pesar de su modestia, debe en estos momentos encontrarse poseido su espíritu.

Pero, es menester que no olvidemos que si en la generosidad del Sr. Castells está su mejor elogio, está, en cambio, en esa generosidad la mejor alabanza de esta hidalga tierra argentina, cuya asombrosa prosperidad permite á un hombre, en los primeros años de su vida de labor, sin más capital que su inteligencia y su trabajo, realizar ese nobilísimo rasgo, que no reconoce precedente no sólo en nuestra colectividad, sino

en ninguna otra de las establecidas en América.

Y ya que nuestra colectividad viene á mi memoria, perdonadme, señores, que me atreva á decir que ella registra en sus modestos anales, muchos y muy brillantes recuerdos. Van ellos vinculados á nuestro Hospital, verdadero monumento erigido por la santa caridad en aras de la beneficencia; van unidos á las sociedades del socorro mútuo, que tan inmensos servicios prestan al menesteroso; á las instituciones bancarias de los españoles; á su Cámara de comercio; á su prensa periódica; á las cuantiosas suscriciones para mitigar dolorosos desastres, de que fueron víctimas Murcia, Andalucía, Asturias; van esos recuerdos unidos, finalmente, á la creación de centros sociales, que como este mismo en que nos encontramos, tanto contribuyen á fomentar el espíritu de unión y de buena armonía que reina entre nosotros y á consolidar los vínculos de fraternidad, por fortuna cada día más estrechos, que hoy existen entre los españoles y los argentinos.

Faltaba aquí una casa de España, y esa existe desde ahora, debida á la munificencia del Sr. Castells. Es buen día el de hoy para nosotros los españoles, no sólo por poseerla,

sino porque la manera como la adquirimos, constituye un timbre de honor para nuestro nombre.

Y vos, señor Presidente de la República Argentina, que en este día solemne os habeis dignado venir á compartir nuestro regocijo, sed bien venido entre nosotros. Lo mismo en aquella casa de España, á que acabais de dar vuestro nombre, que en esta casa de los españoles, donde tengo el alto honor de dirigiros mi saludo, estais siempre en la vuestra. Y no es sólo, Señor, el respeto que merece el primer magistrado de la República el que os abre de par en par nuestras puertas y nuestros corazones: es el inmenso amor que profesa España á esta tierra argentina, sangre de su sangre, vida de su vida, cuya prosperidad, cuya grandeza, cuya gloria, son hoy y serán siempre su alegría y su orgullo.

Señores:

Para terminar, y puesto que hoy se halla aquí simbolizada, por coincidencia singularísima, como no lo ha estado jamás en este suelo, la unión del pueblo argentino y el español en la de las altas personas que rigen sus destinos, al apadrinar la inauguración de

la Casa de España, yo os pido, con toda la efusión de mi alma, que hagamos un solo voto, que persigamos y nos inspiremos en una sola grandiosa aspiración, en que todas se resumen y comprenden: en la sincera confraternidad y en la eterna comunión de ideas, de sentimientos y de intereses entre las patrias argentina y española.

———

EL REGIONALISMO

CONFERENCIA

En el centro "Unión Obrera Española"

(15 DE AGOSTO DE 1889)

Compatriotas:

El honor que me ha dispensado la Junta Directiva del centro «Unión Obrera Española», designándome para iniciar la serie de conferencias con que se propone educar el espíritu del obrero español residente en esta gran metrópoli, lo digo en conciencia, no me corresponde: tal distinción debió ser otorgada á otros compatriotas que, á su especial y notoria competencia, reunen para con esta asociación merecimientos muy superiores á los mios.

Pero este centro no ha olvidado, tal vez, que yo fuí de los que con más sincera fé y mayor entusiasmo, contribuyeron á su fun-

dación en aquel inolvidable y modestísimo local de la calle de Bolívar, que me conté siempre entre sus más decididos sostenedores, cuando aun había para su porvenir nubes y desconfianzas, que defendí en todos los terrenos la necesidad de que existiese entre nosotros una asociación en que el obrero español encontrase, á la vez que descanso á sus rudas fatigas, instrucción y cultivo para su inteligencia; y las dignas personas que hoy dirigen esta sociedad han querido premiar, probablemente, más que otros méritos de que no podría envanecerme, mi lealtad y mi consecuencia.

Bien quisiera corresponder, señores, á tan extrema bondad, diciéndoos algo esta noche que estuviese á la altura de vuestras esperanzas y de mi vehemente propósito de complaceros; pero, en último extremo, me alienta de antemano la seguridad de que habreis de dispensar á mi desautorizada palabra vuestra nunca desmentida benevolencia.

Variados, y á cual más interesantes, son los temas que en estas veladas pueden tratarse con positivo provecho para la instrucción de la clase obrera, empezando por los grandes problemas que se refieren á su organización, á su porvenir, á las leyes que ri-

gen el trabajo, problemas que hoy agitan la opinión del viejo mundo con intensidad realmente poderosa; pero entre todas esas cuestiones, quiero hoy concretarme á la que considero de mayor actualidad para nosotros, y que nos interesa por igual á todos los españoles: me refiero al regionalismo.

Vivimos en esta hospitalaria tierra argentina, en admirable y cariñosa comunidad, inmenso número de españoles nacidos en las diferentes regiones de nuestra patria; aquí mismo nos hallamos ahora congregados hombres del norte, del mediodía, del centro, de todos los ámbitos de su territorio; y enamorados de nuestra bandera, soñando siempre con nuestra España, una, poderosa, indestructible, yo pienso, queridos compatriotas, que en ninguna parte, como aquí, debe interesar que se determine con la precisión posible, sin prevenciones ni apasionamientos, cuál es el verdadero, el racional concepto del regionalismo, y se estudie hasta qué punto podrían comprometer la unidad nacional sus extravíos y sus exageraciones.

Debe, señores, considerarse la tendencia hacia la región, desde dos diferentes puntos de vista: el amor hacia el país, la comarca, el pueblo donde se ha nacido, que

es algo de que el alma no puede nunca desprenderse; y la tendencia hacia una organización dentro de la cual esa misma comarca ó región tengan la mayor suma posible de autonomía y de fuerza propia, para ampararse y valerse á sí mismas con relativa independencia de las demás.

En cuanto á lo primero, ya he dicho que es algo inherente á nuestra naturaleza. Amamos, ante todo, la familia, la santa agrupación que nos dió existencia, calor, nombre, educación, en una palabra, cuanto constituye nuestra personalidad.

Y cuando del hogar paterno sale el hombre para formar la familia propia, ese cariño, esa ternura, tomando rumbo distinto y nueva forma, se concentran allí y encadenan nuestro corazón á esa especie de puerto de refugio en el proceloso mar de la vida.

Pero, inmediatamente después de la familia, en progresión natural y lógica, busca la afección del hombre el rincón en que vió la luz y en que pasó los años de su infancia, en que cantó sus amores, en que engendró los hijos que han de ser continuadores de su nombre y de sus virtudes. El fenómeno es inevitable. Pensar que el recuerdo jamás borrable del sol de los primeros días, del

compañero de nuestros juegos infantiles, del río, del valle, de la montaña, podrá ser fácilmente reemplazado por otro con intensidad y fuerza iguales ó superiores, es pensar lo absurdo y desconocer las leyes que rigen nuestro espíritu.

Así, pues, considerado el individuo en el terreno de lo que podríamos llamar la afección pura, el amor á un pedazo de tierra determinada con preferencia á todas las demás, es invariable y fatalmente regionalista.

Pero viene en seguida la otra cuestión, el magno problema relacionado con la autonomía regional; y al llegar á este punto, si bien ante los más sanos principios de la ciencia política es indiscutible que el municipio y la región ó la provincia, deben tener una determinada suma de atribuciones para su propio gobierno, no cabe en lo posible consignar una regla invariable ni ajustarse á un criterio fijo para determinar la mayor ó menor amplitud de aquellas atribuciones. Esa extensión, en tesis general, ha de depender forzosamente de los elementos que entren en la composición de un pueblo, de su carácter, de su educación, de su historia y hasta de su configuración geográfica.

Y conste, señores, que al hablar de regio-

nalismo, de autonomía política y administrativa, regional ó municipal, dejo de lado la siempre gravísima cuestión de la forma de gobierno; porque la mayor ó menor suma de facultades atribuidas á los organismos secundarios en una nación cualquiera, no depende en muchos casos de que esta se halle regida por instituciones monárquicas ó republicanas. Es indiscutible que los gobiernos monárquicos tienden invariablemente, por su propio carácter personal, á la absorción de toda suerte de atribuciones, como lo demuestra la misma historia en España, desde el advenimiento de la Casa de Austria que destruyó nuestras gloriosas comunidades; pero ello no impide que, al lado de monarquías altamente descentralizadoras, puedan citarse repúblicas en que impera el más autoritario de los unitarismos.

Así, pues, la única regla que al respecto puede establecerse, es que tanto á la región como al municipio debe serles confiado el máximum de atribuciones compatibles con la existencia de la unidad nacional; y en caso de duda, la solución es clara: debe estarse del lado de la unidad, porque es siempre preferible que el organismo inferior vea un tanto limitadas sus atribuciones, que no

correr el gravísimo riesgo de que el organismo superior llegue á quebrantarse y á disolverse.

Nadie, señores, como el municipio y la provincia pueden ser los jueces de sus propias conveniencias y de sus necesidades: y esta verdad se impone aún con mayor fuerza si se aplica á nuestra patria.

Desde el Cabo de Finisterre al de Creus, desde Cádiz á Bilbao, existe una enorme variedad de razas, tipos, leyes, costumbres, producciones, lenguaje, recuerdos históricos, que nos advierten que aquel conjunto heterogéneo, si ha de ser bien ordenado y bien regido, no ha de serlo por una ley única é igual para todos.

Puede y debe ser una la ley fundamental; puede y debe ser uno el principio general á que todos los demás han de ajustarse, es decir, el de la libertad y el de la igualdad de derechos para todos los hombres; puede y debe ser una, también, la legislación que haya de constituir el nervio, la verdadera base de la unidad; pero sus aplicaciones, las leyes de carácter, por decirlo así, local, secundario, han de ser necesariamente varias, múltiples, como lo son las tendencias, las necesidades, el carácter, el modo de ser de cada

una de nuestras regiones, que fueron los antiguos reinos de España.

Sólo se desarrolla sano y fuerte un organismo, así social como fisiológico, cuando sus funciones se verifican en él con la regularidad y el equilibrio impuesto por la naturaleza, cuyas leyes jamás son impunemente violadas. Ni toda la sangre en el corazón ó en el cerebro, ni toda en la superficie; ella ha de circular con absoluta normalidad, nutriendo á la vez y en armónica proporción todas las vísceras y todos los órganos, so pena de que el conjunto perezca, ó bien arrastre una vida precaria y miserable.

Es esta, señores, una verdad ante la cual no es posible cerrar los ojos, porque la impone á la razón, con elocuencia poderosa, la misma naturaleza, en que todo vive y se desenvuelve, obedeciendo á leyes inmutables, así en el mundo moral como en el mundo físico.

Demasiado se me alcanza que la grandiosa evolución que ha de dar margen á tan fundamentales reformas, no puede ser la obra de un dia, ni siquiera de una generación. El esfuerzo que hizo España para realizar la obra de su unidad, fué tan heróico, tan poderoso, tan rudo, que aún á través de los siglos, se refleja en nuestras leyes y

domina nuestro espíritu, por virtud de esa fuerza desconocida que nace de la solidaridad y el encadenamiento de los hechos en la historia. Nos hemos acostumbrado tanto á querer y admirar la patria una y grande, que la sola idea de que pueda dejar de serlo, lleva el pavor á nuestros corazones; y es que pensamos aún con la mente y sentimos con el corazón con que pensaban y sentían aquellos nuestros valerosos progenitores que contemplaban llenos de alborozo á Isabel y á Fernando consolidando definitivamente la unidad territorial, la unidad política, hasta la unidad religiosa, al recibir las llaves de Granada de manos del último rey moro que dominó en la Península Ibérica.

Pero en la marcha incesante de los tiempos, evolucionan las ideas y bórranse las preocupaciones, aún aquellas que parecen más difíciles de arrancar de nuestro espíritu. La unidad, por muy esencial que se la considere, no debe ser nunca tan absorbente que su existencia redunde en grave daño y detrimento de la variedad. Debe darse á esta lo que la pertenece. Y en este sentido, han avanzado tanto las ideas en nuestra patria, que debemos confiar en que no están lejanos los dias de grandes y trascendentales reformas.

El regionalismo así entendido, bien como simple afección del espíritu, bien como tendencia política y económica, en una medida moderada y prudente, lejos de ser un peligro para el porvenir de España, es un bien inmenso que acaso está llamado á redoblar nuestra producción, á levantar nuestro espíritu, á depurar nuestra política llena de perniciosas tradiciones, á reformar nuestra administración, verdadero caos que amenaza arrastrar al abismo los mejores elementos en que España debe fundar las esperanzas de su futura regeneración.

Porque, aunque la afirmación os sorprenda, no debemos perder de vista que nuestra organización actual, á fuerza de ser preponderante y centralizadora, es terriblemente socialista. El Estado lo es todo, el individuo no es nada: es la menor expresión posible del derecho.

Y habituados á esperarlo todo del gobierno, confiándolo todo á la iniciativa de los poderes públicos, nos hemos ido resignando á nuestra propia anulación, absorbidos por la entidad Estado, á la manera que el creyente de las orillas del Ganges, después de haber vivido, vuelve al nirvana, para ser recibido en el seno de Brahma, que todo lo

crea y todo lo destruye en círculo permanente y eterno.

Y nuestro nirvana político y social, nuestro anonadamiento, tiene causas históricas fáciles de alcanzar. Es que hemos sido, ante todo, durante los últimos siglos un pueblo batallador y un pueblo religioso, excesivamente religioso y excesivamente batallador. El español de los pasados tiempos, se avezó demasiado á recibir la paga en la mesnada y encontró demasiado cómodo el ir á recibir la sopa á la puerta del convento, para que el espíritu individualista se haya mantenido en él con la fuerza y robustez que tan admirables resultados ha producido en otras naciones.

He ahí por qué no encontrareis nación más difícil de gobernar que la nuestra. Acostumbrados, como se ha dicho, á que los gobernantes lo hagan todo, esperando siempre que los poderes públicos remedien todos los males, como esperamos un imposible, no habrá entre nosotros instituciones estables y duraderas mientras cada hombre no se convenza de que el remedio ha de empezar por abajo, no por arriba, y de que cada uno debe esperar más de su propia actividad, de su propio esfuerzo, de su propia iniciativa, que de la iniciativa de todos los gobiernos.

Por eso pienso, señores, que debemos mirar con alborozo este renacimiento regionalista, municipal, y más que todo, individualista, porque él abre nuevos horizontes á nuestra esperanza y nos permite confiar en que no tardaremos en levantarnos de la postración á que nos han traido errores, y heroismos, y desdichas, que si nos legaron un pasado de honor y de grandeza, nos han traido en cambio un presente lleno, sí, de halagadoras promesas, pero preñado también de peligros y de crueles incertidumbres.

Ahora bien, ese movimiento, esa tendencia que vemos acentuarse en el terreno de la política, en el de la literatura, en el de la legislación ¿puede ser un peligro más ó menos remoto para la unidad nacional? El amor á la región ¿puede redundar en daño del amor á la patria?

Lejos de eso. Se ama la patria precisamente porque se ama la región, porque se ama la familia. Los hombres más incultos y de más rudo entendimiento saben, por una especie de natural intuición, que de la unión nace la fuerza: y tienden fatal y necesariamente á formar agrupaciones grandes y poderosas; cuanto más poderosas, mejor. Es la razón que ha impulsado siempre á los pueblos á la irrupción y á la conquista.

Preguntad al habitante de un cantón de Suiza, allí donde el amor al valle, y al lago, y á la alquería es tan arraigado y profundo, si no preferiría perder su vida antes que consentir en que se rompiese la Confederación Helvética; preguntad al veneciano, enamorado de sus canales y sus góndolas, y al genovés amante de sus tradiciones y de sus mares, y al florentino que adora su cielo y su historia, si jamás permitirían que se quebrantase, y eso que ha nacido ayer, la unidad de Italia; interrogad al habitante de Nueva Orleans ó de Filadelfia á qué precio consentirían en que se deshiciese y desmembrase la poderosa Unión americana; decid al ciudadano de Francfort, de la ilustre ciudad que un tiempo ejerció la hegemonía de la Confederación Germánica si querría ver deshecha esa grandiosa concepción del genio de Bismark, llamada la unidad del imperio alemán; y todos, todos os contestarán, á una, que antes verterían la última gota de su sangre que ver escarnecida y aniquilada la patria; todos os dirán que si por algo se entrega sin pesar la vida, es por defender la integridad nacional y la bandera que simboliza sus glorias.

Porque, ¡ah, señores! la patria nos envuel-

ve con sus invisibles efluvios y nos domina y nos subyuga con fuerza irresistible. Ella se llama historia, idioma, ley, tradición, costumbre, raza, todo. Nacemos oyendo hablar de la patria, crecemos amándola, y morimos, por pobre y desventurada que sea, morimos respetándola y bendiciéndola.

Pensamos á veces que hay en esto algo de ilusorio, algo de ficticio. Nos asalta la duda de que en eso del amor á la patria pueda haber algo de falso, de meramente convencional; y, sin embargo, acabamos siempre por inclinar nuestra cabeza ante la convicción de que el amor por la patria es tan fuerte y se halla tan fundado en la naturaleza como el de la familia, desde que, despues de todo, bien podemos decir de la patria que ella no es otra cosa que una extensión de la familia: la familia grande.

En vano predicaremos la hermosa teoría de que el mundo es la patria del hombre, en vano enseñaremos que empiezan á borrarse las fronteras, que la confraternidad universal es el más sublime de los ideales; pero correrán los siglos, y todavía la idea, el concepto de patria, como que es formado por la raza, por la historia, por la geografía y fortalecido por el recuerdo de las comunes glo-

rias y los comunes sacrificios, será uno de los que con más fuerza apasionen y dominen los espíritus.

He ahí por qué pienso que lejos de ser incompatible el amor á la región con el amor á la patria, ambos se completan y se fortalecen recíprocamente. Hay más, señores: yo creo, yo afirmo sin vacilar que es el mejor patriota, el que más afección siente por el rincón en que vió la luz y por la familia que le cobijó en su seno.

Familia y rincón, hogar y pueblo, ellos son precisamente los que nos obligan á pensar en que es necesario ser grandes yfuertes para defenderlos y ampararlos.

Por eso, cuando al oir hablar de regionalismo, escucho que alguien quiere disfrazar con esta noble tendencia la tendencia al separatismo, se me ocurre pensar que sólo un extravío, engendro de bastardas pasiones, puede producir tan desatentadas ideas; y os declaro que en vez de alarmarme ante esa prédica inconsciente y malsana, me limito á esperar confiadamente que el tiempo, gran factor en la solución de todos los problemas que afectan á la organización de los pueblos, se encargará de disipar esas ligeras nubes con que la ambición ó el despecho de unos

pocos, quieren oscurecer los horizontes de la patria.

Sólo es durable y permanente, aquello que tiene lógica razón de ser. Lo demás es transitorio y deleznable; y aunque, por un momento, llegue á imponerse y apasionar los ánimos, nace inexorablemente condenado á perecer.

Yo no he podido nunca convencerme de que existan en nuestra patria tendencias separatistas seriamente sostenidas por nadie: y si alguna vez se sostuviesen, deberíamos considerarlo como una verdadera aberración, de igual suerte que consideramos como una aberración moral la tendencia del hombre al suicidio. En realidad, no hay gran diferencia entre el deseo de separarse de un organismo fuerte y vigoroso, entre el deseo de empequeñecerse, y el de suicidarse.

Lo que se ha dado en llamar separatismo, y que por fortuna solo se insinúa de una manera más bien meticulosa en una de las regiones más importantes y más productivas de la Península, no es otra cosa, á mi entender, que la consecuencia de nuestra excesiva centralización; es la protesta del que se considera oprimido, que pide mucho para conseguir algo. El día en que la enorme presión del

poder central haya disminuído en proporción razonable y justa, como se habrá suprimido la causa generadora del fenómeno, éste habrá también desaparecido.

Debemos, no obstante, vivir alerta no solo contra toda posible tendencia al separatismo, sino contra cualquiera otra que pueda conducirnos á la disolución ó á la anarquía. También los pueblos, como los individuos, se enferman y se inficcionan de gérmenes morbosos que los descomponen y destruyen: y no se conoce otra profilaxia ante semejantes peligros que la instrucción y el trabajo. Recordemos que no es posible pensar en la eternidad de las naciones: se forman, crecen, llegan á su plenitud y, una vez que han realizado su misión, desaparecen. La historia no es otra cosa que la enseñanza de esta ley que invariablemente se cumple.

Por suerte, nada hay en nuestra patria que haga temer su descomposición. No es posible saber lo que traerán las edades: los gérmenes del mal pueden venir cuando menos se espere; pero confiemos, señores, en nuestra propia vitalidad y marchemos hacia el porvenir en la seguridad de que nuestro pueblo para ser fuerte y grande, sólo necesita que se difunda la instrucción por todos sus

ámbitos y se le gobierne por medio de sabias instituciones que amparen el trabajo y estimulen la producción de sus fabulosas riquezas.

INAUGURACION

DE LA

EXPOSICIÓN FLOTANTE

"CONDE DE VILANA"

(OCTUBRE 18 DE 1889)

Señor Presidente de la República:

Señor Arzobispo:

Señores:

Ninguna distinción más halagadora para mí, como intérprete de los sentimientos en que se inspiró la formación de la junta de españoles que ha tomado bajo su patrocinio la exposición flotante «Conde de Vilana», mientras permanezca en estas aguas, que la de poder comenzar las breves palabras que voy á dirigiros, expresando nuestra profunda gratitud tanto por la manera eficaz y decidida con que las autoridades del país han coadyuvado á la realización de nuestros propósitos, cuanto por el señalado honor que

nos dispensan el Excmo. Señor Presidente de la República, el Illmo. Señor Arzobispo y demás ilustres argentinos que les acompañan, al concurrir á este acto, respondiendo bondadosamente á la invitación que nos hemos permitido dirigirles.

Y una vez de pié ante vosotros, declaro que no puedo resistir al deseo de decir algo de lo mucho que sugiere á mi pensamiento el hecho de inaugurarse en aguas del Río de la Plata una exposición flotante de productos de la industria española; porque ante cada paso que dan estas nacientes y ya vigorosas naciones suramericanas en el camino de vincular sus intereses y su espíritu, al espíritu y á los intereses de la madre patria, siento que mi corazón latino se ensancha con júbilo indecible, porque en esta solidaridad que día á día se acrecienta y fortalece, está sin duda el secreto del triunfo y del predominio de nuestra raza.

De tiempo á esta parte, multitud de sucesos que no necesito enumerar, porque están en la memoria de todos, nos dicen con la mayor elocuencia que esa solidaridad, que ese ideal con que debieran soñar cuantos llevan en sus venas la sangre de los que descubrieron y poblaron el continente ame-

ricano, empieza á invadir los espíritus, empieza á hacerse carne, allende y aquende el Atlántico, marcando nuevos rumbos y abriendo nuevos horizontes á la gran familia española.

Por eso señores, el acontecimiento que hoy nos congrega sobre la cubierta de este buque mercante, en cuyo tope vemos flotar los coloros rojo y gualda, debe señalarse, en medio de su modestia, como un motivo de íntimo regocijo para todos, para los americanos y para los españoles, mucho más que por lo que es, por lo que él significa y por las alentadoras promesas que nos trae.

Y dicho esto, permitidme que agregue, en cumplimiento de un grato deber, que la Exposición que hoy se inaugura, si bien contó con el apoyo del gobierno español, si bien se vió estimulada con la ayuda de los industriales, ella es, sin embargo, la obra de un solo hombre: la obra del Conde de Vilana, quien puso su iniciativa, su pensamiento, su fortuna, al servicio de idea tan plausible y generosa como la de facilitar el intercambio entre la madre patria y las naciones de Sud América. El es acreedor á nuestro más entusiasta saludo, y la comisión que tengo el

honor de representar, se lo envía tan cumplido como merece.

Cierto que la obra de uno solo, el cual, por añadidura, ha de luchar con la eterna rémora de los que siempre ven en toda nueva idea nuevos peligros y en toda grande iniciativa grandes inconvenientes, no puede ser completa, ni menos producir desde el primer momento los preciados frutos que son el resultado de la observación y de la experiencia; pero este es el primer paso.

Tras de la iniciativa de un hombre, vendrá la de una sociedad, tras de la de una sociedad, vendrá la del gobierno mismo; y hoy con un buque, mañana con dos, al otro día con una flota, llegaremos á ver representado en estos puertos, tan ampliamente como ello sea posible, el inmenso poder productor de España en la industria, en la agricultura, en las artes, en todas las manifestaciones de nuestra actividad.

Porque, señores, uno de los males más grandes que hoy aquejan á España, es precisamente el de no ser conocida. Porque no se la conoce, no se le hace justicia y, en más de una ocasión, se la calumnia.

No tiene España, no, la culpa del olvido cruel á que se la condena. Culpa es de una

verdadera fatalidad histórica. Si no es hoy España tan poderosa y respetada como debiera, es quizá por haberlo sido demasiado. Su caída es hija de su grandeza: porque sólo puede caer quien está erguido.

Enhorabuena que otras naciones se enorgullezcan de haber perfeccionado los internos mecanismos por que se rigen, de haber realizado verdaderas maravillas industriales; pero ¡ah, señores! es que ellas no fueron, como España, mártires de la humanidad ni, como ella, se ofrecieron al sacrificio en los altares de un altruismo sin ejemplo.

Otra nación que no tuviese el férreo temple de la española, habría tardado siglos en levantarse de su postración: quizá no se hubiese levantado nunca.

Pues bien, España, aun en las épocas de sus heroicas defensas, de sus grandes conquistas, de sus asombrosos descubrimientos, tal vez no registre en su historia hecho alguno más extraordinario ni más digno de admiración, que el brío y la fortaleza con que hoy despierta á la vida de la actividad y del trabajo, y la fe con que se apresura á tomar parte en el concierto de las naciones.

Insignes poetas, escritores incomparables, profundos pensadores, dan lustre y prez á

una exuberante literatura; altísimos oradores son orgullo de su tribuna; artistas en todas partes celebrados, trasladan á los lienzos y esculpen en los mármoles admirables inspiraciones; grandes legisladores y hábiles políticos, por medio de sabias y prudentes reformas, van preparando el terreno para el planteamiento de nuevos ideales; y por donde quiera que se tienda la vista, ante la agricultura que se desenvuelve, la industria que aumenta y se perfecciona, la navegación que se multiplica, todo hace pensar, aun en medio de este frío pesimismo que nos invade, que España se halla en plena época de un colosal renacimiento á que le dan derecho, así lo altivo de su carácter y lo limpio de su historia, como lo preclaro de sus virtudes.

Yo pienso, señores, que en este momento histórico, de nadie debe España esperar el sincero aplauso y la palabra de aliento, como de sus hijas las repúblicas de América; y vosotros, los americanos, que habeis tenido la gentileza de venir á acompañarnos en este día, sois de ello un vivo testimonio, como lo son vuestras diarias manifestaciones en la cátedra, en el libro, en el periódico, en todas partes.

Y es que sabeis vosotros, como sabemos los españoles, que nuestra solidaridad se impone de una manera incontrastable: ella se realizaría aunque nosotros no lo quisiéramos.

Habeis franqueado vuestras puertas á los hombres de todos los climas y de todos los pueblos: y cuantos llegan son bien venidos, pues contribuyen con su trabajo á fecundar la tierra y á engrandecer la patria; pero por encima de todas las metamórfosis y de todos los cambios que aquí lleguen á operarse por consecuencia de la diversidad de elementos que día á día se incorporan á vuestra nacionalidad, el alma española, no lo dudeis, vivirá eternamente en este suelo, poniendo á todos vuestros adelantos y á todas vuestras conquistas el sello de su carácter y de su idioma.

ANIVERSARIO

DE LA

INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

CENTRO PARAGUAYO DE BUENOS AIRES

(14 DE MAYO DE 1891)

Señores:

Como testigos presenciales de los acontecimientos que ante nosotros se desenvuelven, no cabe en la humana posibilidad que lleguemos á medir su verdadero alcance ni á penetrar su íntima naturaleza, para que nos sea dable comprender toda la trascendencia que ellos entrañan. El contínuo batallar, los prejuicios y las preocupaciones que por todas partes nos rodean, la inmensa complejidad de factores que entran en la formación del cuerpo social, acaban por extraviar nuestro criterio y por conducirnos como de la ma-

no, y con la buena fe por delante, á tomar por verdadero lo que no lo es sino en las apariencias; pero cuando la humanidad haya dado algunos pasos más en su interminable camino, se encontrarán los hombres del porvenir con que pocas, muy contadas épocas en la historia del mundo, llevarán consigo más elocuentes enseñanzas ni más terribles escarmientos que esta época, para siempre memorable, de la formación de los pueblos hispano-americanos.

Porque, es indudable que asistimos á uno de los fenómenos más dignos de estudio y más originales de la historia.

Antiguamente un pueblo guerrero se lanzaba á la conquista; y era la única, la verdadera ley, la del más fuerte.

Si la raza dominada, la más débil, se sometía, era esclava; si no se sometía, era exterminada, y su misión podía darse por concluida.

Pero en cualquier caso un pueblo sustituiría á otro pueblo y una civilización á otra civilización, ó una barbarie á otra barbarie.

Pueblos formados empezando por el principio, arrancando, por decirlo así, del germen para ir desenvolviendo gradualmente su población, su riqueza, su legislación, sus cos-

tumbres, de suerte que pueda estudiárseles á la manera que se estudia al ente humano desde que abre los ojos á la luz, siguiendo su progresivo desarrollo, solo se encuentran á partir de aquel momento en que un puñado de españoles guiados por el inmortal genovés, dirigieron las altivas proas hacia el occidente y descubrieron un nuevo mundo.

Por eso América, señores, sobre todo la América de estos tiempos, de formación realmente caótica, de progreso desordenado y sin rumbos fijos todavía, de eternos y dolorosos desequilibrios en todas sus manifestaciones, escribirá con sus hechos páginas hasta hoy desconocidas, de una novedad tan maravillosa como inesperada, que han de ser el asombro, no es posible dudarlo, de los historiadores del porvenir.

Llevando por norma este criterio, desde luego se comprende cuán aventurado debe ser el abordar de lleno el estudio de la multitud de problemas que aquí se ofrecen á la consideración del sociólogo, mucho más cuando aún las pasiones dominan los espíritus, atribuyendo quizás á los hombres y á las cosas contornos y proyecciones que no tienen.

Pero los hechos que día á día vamos con-

signando, los juicios más ó menos acertados que esos hechos nos inspiran, la controversia de todos los instantes que los reviste con el matiz que ora les presta el entusiasmo, ora el odio, ora la indiferencia, todo ese montón de elementos heterogéneos, desordenados, frecuentemente antagónicos, va formando poco á poco el inagotable arsenal con que los pensadores de mañana escribirán la historia, la verdadera historia de nuestros tiempos.

Hay entre todos estos hechos, uno fundamental, capitalísimo acerca del cual no habrá jamás duda posible: el derecho de los pueblos americanos á su emancipación, obedeciendo á una ley sociológica ineludible.

Ni la Gran Bretaña podía pensar en que dominaría indefinidamente sus posesiones de la América del Norte, ni España y Portugal podían soñar con que conservarían mientras quisiesen sus posesiones del hemisferio Sud.

Cuando los pueblos llegan á tener elementos de vida propia y adquieren la certidumbre de que pueden bastarse á sí mismos, se emancipan, á la manera que el hombre abandona sin temor el hogar de sus afecciones y de sus recuerdos, el día en que se siente fuerte para la lucha por la vida.

Es la ley de la necesidad que se impone

con igual violencia, así á los individuos como á los pueblos.

Pero al llegar aquí, yo me decido á sentar esta cuestión verdaderamente atrevida, de que apenas se han querido ocupar los españoles, y que quizás no han creído digna de estudio los americanos:

¿Ha sido oportuna la emancipación de los pueblos de Sud América? ¿Se ha producido la independencia en el momento histórico adecuado para que diese sus naturales frutos?

Sostengo resueltamente que no.

La emancipación ha sido prematura, excesivamente anticipada; y hé ahí el origen de grandísimos males que han pesado, desde el día de su independencia, y que seguirán pesando todavía sobre todos ó casi todos los pueblos de esta región de América.

Ni puede nacer el ser humano antes de adquirir el necesario desarrollo, so pena de perecer ó de arrastrar una existencia miserable, ni puede el hijo prescindir del paterno hogar, antes de llevar en sí los elementos necesarios para la lucha, sin exponerse á toda suerte de peligros.

Tres elementos contribuyeron más principal y directamente á la emancipación del

continente suramericano: el ejemplo de la de Norte América, la influencia de las doctrinas de la revolución francesa, y las perturbaciones ocasionadas por la invasión napoleónica en España.

Sin estas circunstancias, ó quizá sin cualquiera de ellas, la emancipación, más ó menos tarde, habría venido: pero no habría venido entonces.

Esos sucesos la precipitaron, convirtiéndola en un hecho realmente extemporáneo: porque estos pueblos, no cabe dudarlo, distaban mucho de estar preparados para el gobierno propio.

Y es inútil que se objete que aquí había héroes y hombres de elevada inteligencia que se llamaban Moreno, Rivadavia, Belgrano, Bolívar, San Martin, O'Higgins; porque ni se gobierna á las muchedumbres con héroes, ni aun los hombres verdaderamente superiores pueden ejercer su acción eficaz sobre masas que, por carecer de educación política, resultan refractarias á todo gobierno é incapaces hasta para ser dirigidas.

Los norte-americanos heredaron el espíritu práctico anglo-sajón; y educados en otra escuela, bien que no regidos por mejores leyes, pues en bondad y en sabiduría jamás

ningunas igualaron á las que España dictó para sus colonias, bien pronto se encontraron en condiciones de gobernarse á sí mismos.

Los suramericanos no se hallaban en iguales circunstancias. La metrópoli no habia podido darles una educación política de que ella misma carecía en aquella época.

Sus heróicos esfuerzos para afianzar la unidad nacional, en guerra con los árabes primero, y después, para conquistar y poblar este inmenso continente, la habían dejado aniquilada y empobrecida: y sería verdadera injusticia reprochar á España que no hubiese dado á sus antiguas colonias elementos de sociabilidad que ella misma había perdido, precisamente por haber prodigado sus mejores fuerzas en poblarlas y constituirlas.

Asi fué que, producida la emancipación de estos pueblos, sobrevino la discordia, el caos social y político, y como indispensable corolario, la tiranía con todos sus horrores.

Y yo pregunto: las dictaduras y las anarquías que soportaron la mayor parte de los pueblos suramericanos ¿fueron consecuencia obligada de la escuela en que habían sido educadas las colonias, ó lo fueron más bien, de haberse estas lanzado al gobierno

propio, antes de hallarse preparadas para ejercitarlo?

Indudablemente de lo último. Cuarenta ó cincuenta años más, que son un día en la vida de los pueblos, de educación política, científica, de todo género, de aumento de población y riqueza, de espíritu de orden, de formación de estadistas americanos en la misma metrópoli, á la manera de las Antillas con hombres ilustres de la talla de Labra, Abarzuza, Güell y Renté, Correa y tantos otros, habrían hecho imposibles los Francias, los Rosas, los Urquizas, los Melgarejos, habrían suprimido la barbarie del caudillaje que asoló estas regiones, y habrían impedido que las naciones del Norte pronunciasen la palabra *South-America* con el tono de quien está convencido de que la civilización no ha venido todavía á visitarnos.

Así, pues, la impaciencia, el generoso deseo de ser pronto soberanos de sus destinos, ha sido á mi entender, el peor enemigo de estos pueblos, la verdadera causa generadora de sus tiranías y sus luchas, y la razón de una gran parte de los males que están soportando todavia.

Y bien, señores: yo, que soy español, yo que pertenezco á la nación que, en el calor

de la lucha y mientras duró el recuerdo de sus estragos, fué llamada en el mundo por ella descubierto y poblado, la dominadora, y que hoy empieza á ser llamada con cariñoso respeto, la madre patria, vengo hoy á deciros, nobles paraguayos, ya que me habéis dispensado el honor de sentarme entre vosotros, que saludo vuestra independencia nacional y me asocio efusivamente al regocijo con que aqui venís á celebrarla.

¿Cómo no he de saludarla, si mi patria, madre generosa de la vuestra, es también la patria de la independencia?

Abrid, señores, la historia, y decidme si en los pasados tiempos ha existido nación que haya luchado más ni con tenacidad más grande que España para rechazar y sacudir el yugo de sus invasores.

Viriato, con su arrojo, Sagunto y Numancia con su heroismo rayano en la demencia, los cántabros y los vascones jamás domados, fueron el terror de Roma, la señora del mundo.

Y cuando los árabes, aprovechando la molicie de la gente goda, penetraron en la península, allá en el Norte, en las gloriosas montañas de Astúrias, encontraron inexpugnable baluarte ante el cual se vió abatida la soberbia media luna.

Allí comenzó la reconquista, que había de terminar ocho siglos después, precisamente cuando la virgen América surgía de los mares, brindando al mundo antiguo sus espléndidas bellezas y sus inagotables tesoros.

La reconquista, la emancipación del espíritu cristiano del yugo musulmán debía costar ocho siglos de combate y se combatió ocho siglos.

Esa es España: la España que os dió la sangre indomable y generosa que circula por vuestras venas.

Y cuando el coloso que, en los comienzos del siglo, tuvo al mundo bajo sus pies, quiso implantar su dominación en España ¿cuál fué nuestra altiva respuesta?

¡Antes la muerte!

Y la sangre corrió á torrentes, y fueron tigres los hombres, fortalezas las ciudades, campo de mortandad las llanuras, y Napoleón el Grande, que encontró en España la tumba de su poderío, tuvo que reconocer que el pueblo español era invencible.

Esa es España, paraguayos.

¿Cómo no he de regocijarme cuando veo que celebrais vuestra independencia, vosotros, cuyos hechos legendarios, no cantados todavía, han asombrado al mundo?

Y es que vosotros sois, también, de los que contestáis al invasor, que quiso imponeros su dominio: ¡Antes la muerte!

Todo es grande en vuestra historia. Lo fueron vuestras tiranías, vuestros esplendores, vuestras proezas y hasta fueron grandes vuestras desdichas.

Cuando recorro, señores, los anales de ese pueblo, escondido allá en el centro del continente suramericano, al ver su valerosa altivez frente al enemigo, al contemplar su noble resignación en la desgracia, yo me descubro con respeto.

Porque no hay, quizá, en la historia de todos los pueblos, uno solo cuyo heroismo haya sobrepujado al desplegado por el Paraguay, al verse acometido por tres poderosas naciones: sus hijos, antes que el peso de la servidumbre, prefirieron soportar sobre sus cadáveres el peso de la madre tierra, aquella misma que profanaban con su planta los invasores.

Algun dia vendrá, y no lejano, en que se levante allá en vuestras frondosas selvas, pobladas de misteriosos rumores, la frente coronada de luz del poeta llamado á cantar las proezas del pueblo paraguayo. El arte, al inmortalizarlas, será vuestro orgullo y legará á

las futuras generaciones una gran enseñanza y un gran ejemplo.

Paraguayos: en vosotros se cumple una ley de raza. Sois heroicos, porque España, mi patria, heroica también, es vuestra madre.

EXHORTACIONES
A LA PRENSA ARGENTINA

EN EL BANQUETE Á QUE FUÈ INVITADA

POR D. F. PARDO DUVAL

(SALÓN MERCER—5 DE JULIO DE 1891)

SEÑORES:

Dicen, y es verdad, que es casi siempre la ocasión, la madre del pecado. Vine á esta simpática fiesta, debida á la gentileza del Sr. Pardo Duval, firmemente decidido á guardar silencio; y vuestra presencia, el ambiente de elevada intelectualidad que nos envuelve, la seguridad de que toda buena semilla que aquí se esparza, cae en terreno fecundo, me mandan quebrantar mis propósitos.

Lo digo, porque vosotros, ilustres y queridos compañeros, los que alimentais ese horno, perpetuamente encendido, que se llama la prensa, en que las ideas nacen y se entrechocan y se purifican, los que vivís con el

cerebro caldeado por el fuego de las grandes aspiraciones y los levantados propósitos, sabeis, mejor que yo, que momentos como este debieran siempre aprovecharse en bien de la comunidad para la cual son todos nuestros desvelos y todas nuestras energías.

¿Y cómo? Trazando líneas generales para la realización de ideales comunes, cuyo sostenimiento debiera ser un honor para todos.

¿Qué ideales son esos? No he de decirlo yo, que no tengo autoridad ni elocuencia suficiente siquiera para diseñarlos. Hay aquí hombres que son, por su historia, por su talento y por su representación, los indicados para ello.

Que debemos predicar la moralidad y la pureza en la administración, la lealtad en la política, la instrucción para las masas, la paz dentro y fuera de la República, esos son lugares comunes. Todos los conocemos, mejor dicho, los tenemos olvidados de tan sabidos. A fuerza de repetir esas palabras, la opinión, esa opinión veleidosa que, como la Esfinge, devora sin piedad á quien no acierta á comprenderla, ha llegado á encontrarlas vacías de sentido.

¡Tiempos desgraciados, estos, señores, en que tal sucede!

Pero podría formularse algo positivo, que no se redujese puramente á palabras, algo que pudiese producir en lo futuro grandes y provechosos resultados, y cuya realización dependiese de la acción eficaz y decidida de la prensa.

Yo digo que esta nación es ya, en los tiempos que alcanzamos, un organismo fuerte, seriamente constituido, con elementos de progreso incalculables, que tiene el cuerpo sano, pero que de tiempo á esta parte y por causas múltiples, que á nadie se le ocultan, tiene enfermo el cerebro.

Aquí son feraces los campos, y además de feraces, inmensos, interminables; las riquezas que ellos pueden producir, son verdaderamente fabulosas: aquí los ganados se multiplican de una manera admirable; las montañas y los cerros, guardan inmensos veneros, todavía no explotados, y apenas descubiertos; el hombre de trabajo, el estanciero, el colono, el agricultor, el peón, el comerciante, el industrial, son los mismos de siempre; digo mal, son mejores, porque trabajan más científicamente, refinando las razas pecuarias, mejorando el cultivo, aplicando la maquinaria á la agricultura y á la industria, aprovechando, en fin, las vías flu-

viales y terrestres para el trasporte de los productos que antes arrastraba la pesadísima carreta.

Y ese estanciero, ese colono, ese industrial, ese comerciante, forman el cuerpo social; ellos son los más, son casi todos, son los que trabajan, los que producen.

¿Y el cerebro? El cerebro lo constituyen las clases que dirigen y gobiernan, los doctores, los políticos, los periodistas, los hombres de la Bolsa. Son unos pocos: no alcanzan, seguramente, al uno por mil; ya veis que proporción tan insignificante.

Pero ahí está la llaga, ahí el mal hondo, y ahí es necesario aplicar el cauterio.

Debemos, para redimirnos, para afrontar con ánimo sereno los males que nos brinda el porvenir, poner en cura esa cabeza.

Y yo pregunto: ¿qué lazo vincula y ata aquí á los hombres de inteligencia? ¿dónde se congregan esos hombres? ¿cuál es el terreno neutral en que las clases superiores de esta sociedad, las clases que tienen la misión de dirigirla y de dignificarla con su ejemplo, pueden encontrarse todos los días para cambiar ideas, uniformar opiniones, cultivar su espíritu, en una palabra, levantar su pensamiento?

Yo os pido perdón por mi ruda franqueza; pero miro á mi al rededor y, fuera del club político, donde las distintas banderías se congregan para rendir culto á sus apasionamientos relacionados con la cosa pública, sólo encuentro el hipódromo, el frontón, el club, la Bolsa, allí donde se juega, allí donde se derrocha todo desde el tiempo, que significa oro, hasta la fortuna, que significa bienestar y nombre.

¿Y la academia? ¿el ateneo? ¿el certamen científico y literario? ¿dónde están?

Vosotros lo sabeis bien, en ninguna parte. Por eso la juventud carece de ideales; por eso, hasta no pocos de los hombres que manejan la cosa pública, han llegado á poner sus personales pasiones por encima de ese interés hermoso de la gloria que repercute en el porvenir, y que conquista palmas y coronas como las que las generaciones de hoy acuerdan ya á los próceres que formaron el pueblo argentino y que dieron por él desde la fortuna de sus hijos hasta la sangre de sus venas.

Aquí, donde hay tantas inteligencias, espíritus tan bien preparados, donde puede presentarse con orgullo una soberbia pléyade compuesta de oradores, sociólogos, juriscon-

sultos, médicos, escritores, hombres de ciencia, aquí donde puede decirse que el hombre nace ya con el cerebro lleno de luz, yo no comprendo como no existe fuerte y poderoso un centro á donde converja toda esa luz, y al concentrarse, esparza sus clarísimos reflejos conquistando para este pueblo toda la gloria y todo el renombre que merece.

¿Por qué no fundar aquí una gran institución, un Ateneo, por ejemplo, donde políticos y hombres de ciencia, médicos y jurisconsultos, grandes y pequeños, tirios y troyanos, pudiesen encontrarse y confundirse todos los días en ese campo hermoso y pacífico que se llama el saber humano?

Hace pocos años, algunos espíritus selectísimos, amigos que quiero con el alma, intentaron constituir una gran asociación de este género. Recuerdo que las sesiones preparatorias se celebraron en el Colegio Nacional, y á ellas asistí, con verdadero entusiasmo, llevando el modesto grano de arena de mis opiniones y de mi buena voluntad al seno de aquella simpática asamblea.

El ilustre Sarmiento debía ser el presidente del Ateneo. Los estatutos se aprobaron; se organizaron las diferentes secciones; se preparó todo.

Y cuando todo estuvo hecho, la indiferencia, el positivismo empírico que desgraciadamente nos invade, los negocios de tierras, los títulos de la Bolsa, las cédulas hipotecarias, las sociedades anónimas, el ansia del pronto y fácil enriquecimiento, ahogaron en germen tan generosa idea.

Pero hoy, que la adversidad nos ha vuelto á la vida real; hoy que, en medio de esta espantosa crisis, que es á la vez financiera, y social, y política, empezamos á preocuparnos de la causa de tantos males y de la manera de remediarlos, yo os pregunto á vosotros, los periodistas, los que dirigís la opinión pública, si no será llegada la hora de llevar á la práctica aquel nobilísimo propósito desde que él encarna, no ya una alta conveniencia social, sino una imperiosa necesidad, si es que este pueblo ha de aspirar al dictado que merece, de culto y de verdaderamente progresista y civilizado.

Y á esta pregunta, quisiera que me permitieseis agregar un ruego.

Dentro de un año, muy poco más, el 12 de Octubre de 1892, habremos llegado al 4º Centenario del descubrimiento de América, España se apresta á celebrarlo con todo el esplendor y la solemnidad posibles, bien

que jamás podrán igualar á la magnitud del acontecimiento. Los Estados Unidos de Norte América celebrarán el Centenario con una grandiosa Exposición Universal. La mayor parte de las naciones latinas se disponen de igual modo á honrar la magna fecha.

Y bien, señores ¿sería posible que la República Argentina, este pueblo que es la más elevada personificación de la cultura en Sud-América, permaneciese indiferente y sordo ante este solemne llamamiento de la historia que demanda justicia, nada más que justicia, para los que sacaron de la tiniebla al mundo americano? Yo os pido, señores, por honor de América, por honor de España, por honor de la humanidad y de la justicia, yo os pido encarecidamente que no lo consintais; yo me permito invitaros á emprender desde hoy mismo la más empeñosa propaganda, á fin de que esta nación, celebrando dignamente el Centenario, diga al mundo con sus hechos, que sabe tributar el merecido homenaje á los gloriosos nombres de Colón y de los Reyes Católicos, así como de cuantos contribuyeron á entregar á la civilización este vasto continente.

El alma nacional ha de sentirse retemplada y fortalecida ante la contemplación de

estos recuerdos inmortales, y á vosotros os habrá cabido la fortuna de haber cumplido el más augusto de los deberes, como hombres cuya divisa no puede ser otra que la de la verdad y la justicia.

Voy á terminar, señores.

Veis, con cuánto calor me expreso, yo que soy europeo, tratándose de asuntos americanos; veis de qué manera pienso en el porvenir de esta República, como si se tratase del porvenir de la tierra en que he nacido; pero es que soy latino, y esta es una nación latina; es que soy español, y este es un pueblo hispano-americano, que lleva en su cerebro la idea, en su lengua el idioma, en su corazón el valor, en sus venas la sangre de sus progenitores.

En vano es que se niegue, en vano es que se aparente olvidar nuestra solidaridad. Imposible. Ella se impone con la fuerza de lo que es fatal y necesario.

Convencido de esta verdad, yo puedo decir que he dedicado mi vida entera, vosotros lo sabeis, á batallar sin tregua ni descanso, con las palabras y con los hechos, en pro de la confraternidad hispano-americana, que ha sido siempre una verdadera obsesión de mi espíritu; y entre tanto, permitidme que

os lo diga, y disculpad que me queje: yo fuí víctima, en fecha bien reciente, por parte de algunos diarios, de una enorme injusticia.

Por que dije en mi periódico que la guerra de la independencia había sido una cuestión doméstica, una guerra de familia, el triunfo de un principio político é histórico sobre otro principio histórico y político, dentro de una misma nacionalidad; porque dije que era pésima, detestable, insufrible la educación que se daba á los niños en las escuelas, enseñándoles que España era la tiránica, la invasora, la vencida, la aborrecible; por que dije que en la gloria de la emancipación tocaba una buena parte al partido liberal español que trabajaba en la Península, y que también allí tenía sus próceres la independencia argentina; por que dije esto, no faltó quien me escarneciese y me llamase inoportuno y me calificase de poco amigo de los argentinos.

¡A mí! ¡A mí, cuando en el tiempo que alcanza mi memoria,—perdonadme la inmodestia,—otros me habrán igualado, pero no me ha superado nadie en el entusiasmo y la sinceridad con que he luchado por establecer corrientes de simpatía, lazos del corazón, vínculos del pensamiento entre americanos y españoles!

Precisamente porque persigo la confraternidad hispanoamericana, precisamente por eso, pido y he de pedir mientras mis energías no me abandonen, que no se eduque al niño en el odio, ó el menosprecio á España, falseando la historia; yo he de pedir siempre que se inculque en su espíritu el respeto por la generosidad, por la abnegación, por el heroismo de la madre patria, que nadie se eleva y dignifica más que el que sabe honrar y enaltecer á sus mayores.

Y formulando, en conclusión, la síntesis de este mi tosco y desordenado discurso, he de insistir en pediros, señores representantes de la prensa diaria, que no desoigais mi modesta exhortación para que trabajeis con fe en pro de la fundación de un Ateneo que sea la viva encarnación de la intelectualidad argentina; para que prepareis la opinión pública á fin de que el 4º Centenario del descubrimiento de América, sea dignamente celebrado; para que procureis, finalmente, en bien de la unidad de nuestra raza, que vuestros hijos y los hijos de vuestros conciudadanos, sean educados en la verdad histórica, no en la injusticia con que á diario se maltrata y vitupera en las escuelas públicas á la madre patria.

Fiesta de la Bastilla

CELEBRADA

EN EL TEATRO "ONRUBIA"

(14 DE JULIO DE 1891)

SEÑORES:

Por segunda vez la inagotable bondad de los republicanos franceses me trae á esta tribuna de honor que se halla tan por encima de lo que yo merezco; y hoy, como ayer, vengo á confundir mi pensamiento con el vuestro, ante la hermosa evocación de una de las más gloriosas jornadas de que puede enorgullecerse el espíritu humano.

Con la Bastilla, señores, se derrumbó el antiguo régimen. Oyose el ruido de cadenas que se rompen, de instrumentos de martirio que se despedazan y resonaron en el espacio gritos de júbilo de las víctimas infelices de todas las tiranías, rugidos de cólera lanzados por los déspotas de todos los pueblos.

Aquel día faustísimo empezó la muche-

dumbre, el montón anónimo mirado con desprecio desde las alturas del trono, á darse cuenta de que si ella era razón, era al propio tiempo fuerza. Y desde entonces, cual torrente que todo lo avasalla, corrió ese montón anónimo que se llama pueblo, en todas direcciones, ocupó todos los espacios, se esparció á los cuatro vientos y fundó el imperio de la libertad y, con el de la libertad, el de la democracia.

La caida de la Bastilla marca en el viejo mundo la línea que separa la oscuridad de la luz, la violencia del derecho, el absolutismo de la libertad; por eso cuando resuena en mis oidos el nombre de Francia, y se remonta mi pensamiento á las postrimerías del pasado siglo, y la veo allí, grande, transfigurada, subiendo el tremendo calvario de aquella revolución sin ejemplo en la historia, para redimir con su sangre, como moderno Cristo, á la humanidad entera de horribles iniquidades, yo pienso, señores, que llegará día en que esa humanidad, si es que hay justicia en la tierra, elevará á esa nación gloriosa el más colosal y grandioso de los monumentos en cuya cúspide se grabe aquel lema sublime, encarnación de todas sus conquistas: Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Yo quisiera poder deciros cuán grande es mi admiración por vuestro pueblo, cuán profunda es la gratitud de que le son deudores todos los hombres que aman la libertad; pero mi palabra resulta rebelde á mi pensamiento y en vano me esforzaría en dar forma á lo que palpita aquí en mi pecho, porque hay ciertas supremas emociones del espíritu que no se dicen, se sienten.

Pero permitidme, al menos, que recuerde lo que era la Europa, lo que era especialmente el mundo latino, antes de la caida de la Bastilla, y lo que es hoy, al cabo de una centuria, ungido por ese óleo santo de los sublimes principios que tienen por base el respeto á la dignidad humana, sin distinción de razas, sin distinción de clases; y decidme, señores, si no es algo que llena de asombro al espíritu el considerar que el esfuerzo de los hombres, en tan breve espacio de tiempo, acabó con los últimos restos del viejo feudalismo, destruyó la aristocracia como fuerza social, soterró la inquisición, abolió el tormento y las penas infamantes, quebrantó la teocracia, libertó la propiedad territorial amontonada en manos de clérigos y de nobles, reformó el impuesto, estableció el voto en el comicio, dignificó al obrero declarán

dolo ante la ley igual al prócer, declaró libre la conciencia; y como si todo esto no fuese bastante á su ansiedad para asentar el derecho sobre la eterna base de la verdad y de la justicia, obligó á los mismos reyes á aceptar y cumplir esos códigos fundamentales que se llaman constituciones, y á descubrirse respetuosamente ante el pueblo, demostrando así su acatamiento al principio de que es el pueblo, no el rey, el verdadero soberano.

Y es en vano que la fuerza de la tradición, por un lado, las exageraciones de ciertas tendencias reformistas, por otro, quieran oponerse al torrente: el torrente, que es derecho, que es razón, que es fuerza, porque es humanidad, vencerá el dique, porque este es opresión ó es anarquía.

No hemos llegado, no, ni llegaremos tal vez jamás á la suprema perfección de las instituciones políticas, ni al verdadero desideratum de las reformas sociales; pero hemos alcanzado en breve tiempo una suma tal de progreso, de relativa perfección, que debemos temblar ante la sola idea de que los extravíos de las multitudes lleguen tal vez á comprometer tan preciadas conquistas.

Y digo esto, señores, no porque esas con-

quistas tengan mucho que temer de lo que podríamos llamar la fuerza de atavismo, que pugna desesperadamente por que volvamos hacia la tradición, no; las instituciones que desaparecen, á la manera de las ramas podridas que se caen del árbol, esas no vuelven; lo digo porque las exageraciones del moderno socialismo, al paso que van, acabarán por poner en gravísimo peligro el principio de libertad, conquistado con la sangre de tantos mártires y de tantos héroes.

Ois decir á cada paso que el socialismo, tal como hoy se predica, es la perfección, el ideal supremo del liberalismo; y, sin embargo, nada hay que encierre mayores peligros para las instituciones liberales que la exageración de las tendencias socialistas, y más aún que socialistas, disolventes y anárquicas de nuestros tiempos.

Ahí teneis, sino, á la autocracia, que siente vacilar la tierra bajo sus plantas, tendiendo sus brazos temblorosos hacia el socialismo. Rusia lo tolera, como lo tolera Inglaterra, la que más tiene que temer del proletariado, por su organización esencialmente aristocrática; el emperador de Alemania, autócrata por tradición y por necesidad, lo protege y

lo adula; Cánovas del Castillo, el representante en España de la reacción monárquica, busca su alianza inventando el socialismo católico para adormecer á las masas; y hasta el mismo Pontífice romano en sus encíclicas, consagra el socialismo, declarándolo conforme con la religión y con el dogma.

Y bien, ¿qué os dice esto? Que el verdadero liberalismo peligra; porque la autocracia del poder, aterrada ante la ola que avanza y crece, convencida de que se acercan para ella días tremendos, mendiga la alianza de la que podríamos llamar la autocracia de las masas, y la lisonjea pretendiendo celebrar con ella la más pérfida y la más monstruosa de las transacciones.

Bien se yo, señores, que la institución de la propiedad, está llamada á sufrir rudos cambios; que en las leyes que rigen el trabajo hay grandes injusticias; que la ciencia dista mucho de haber pronunciado sobre la organización de la familia, su última palabra; pero es el liberalismo, el verdadero amigo del pueblo, el que aspira á la redención del hijo del trabajo instruyéndole y dignificándole, el destinado á realizar tales reformas, como ha realizado la transformación de la sociedad en lo que va de siglo; porque pensar en

que ha de llevarlas á la práctica el proletariado, en absurdo consorcio con el Papado y con la tiranía, es pensar en lo imposible.

Ciego será quien no vea que la autocracia pretende utilizar esa fuerza inmensa del proletariado, fingiendo protegerle y adulándole desde la altura, para destruir y aniquilar lo que á costa de tanto esfuerzo levantó la clase media: el parlamentarismo, el gobierno constitucional, llámese republicano ó monárquico, el liberalismo, en una palabra; y el día en que tal desdicha sucediese, producido el caos, roto el molde de las grandes conquistas modernas, por las tendencias anárquicas de las masas, volvería, no lo dudeis, volvería el proletario á ser proletario, esclavo de la desigualdad y del trabajo, y volvería el autócrata á ser autócrata, porque no encontraría la fuerza poderosa del individualismo en frente de la prepotencia avasalladora de los gobiernos personales.

No basta, señores, saber conquistar posiciones en medio del combate: es necesario saber conservarlas. Para perderlas, no habría valido la pena de sacrificarse por conseguirlas.

No basta, pues, que elevemos himnos á la Francia republicana y proclamemos la exce-

lencia de sus instituciones, nacidas y consagradas al calor del espíritu revolucionario; es menester que enseñemos al pueblo, que digamos, sobre todo, á los hijos del trabajo que si es preciso reformarlas, ellas se reformarán, rindiendo tributo á la justicia; y que les advirtamos del peligro que corren de destruirlas, con su utópico anarquismo, en provecho de la tiranía, jamás en el propio, si lanzándose por el despeñadero de las exageraciones y de las impaciencias, oyen la voz de sirena de los déspotas, que mientras tiemblan ante sus iras, sólo piensan en oprimirles y encadenarles.

Porque, señores, estamos, por decirlo así, empezando aún á edificar, para que podamos pensar en destruir.

Los pueblos apenas han tenido tiempo todavía para darse cuenta de que han salido del letargo en que estuvieron sumidos durante siglos interminables de fuerza y de ignorancia; y causa dolor profundo, la sola idea de que impaciencias mal entendidas puedan traer como consecuencia que se desande el camino andado, y que podamos volver, siquiera sea transitoriamente, á ser regidos por instituciones odiosas, que de otro modo podrían considerarse, sino extinguidas, al menos heridas de muerte.

Vivamos, pues, en guardia contra las asechanzas de los enemigos de la libertad, sobre todo, de aquellos que pretenden encontrarla por los tortuosos y equivocados caminos de la destrucción y del caos.

Pero, recordando que todos los hombres tienen derecho á la vida, que para todos brilla el sol en las alturas y se viste la naturaleza con sus galas, trabajemos por levantar el espíritu de los hijos del pueblo, esforcémonos por llevar hasta ellos el temor á los peligros que envuelven sus impaciencias y sus errores, y seamos nosotros, sí, nosotros, sus verdaderos amigos, los amigos de la libertad, quienes nos anticipemos á prevenir la acción devastadora del torrente, acordándoles todo lo que haya de justo y de verdaderamente respetable en sus aspiraciones.

CONFRATERNIDAD SUDAMERICANA

DISCURSO

en el banquete ofrecido

POR EL GOBIERNO Y PUEBLO PARAGUAYOS

AL Gral. DOMINGO S. RAMOS

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE VENEZUELA

EN LA ASUNCIÓN DEL PARAGUAY

("TEATRO NACIONAL"—27 DE AGOSTO DE 1891)

Señor Presidente de la República:

Señor Ministro de Venezuela:

Señores:

Seguro estoy de no encontrar palabras que puedan corresponder á la gentileza de la digna Comisión organizadora de este suntuoso banquete con que el gobierno y pueblo paraguayos festejan la llegada del primer Ministro Diplomático que les envía la República hermana de Venezuela, al acordarse

del oscuro viajero que tiene el honor de hablaros para asociarle á tan brillante solemnidad, considerándolo aquí, sin duda, como representación, aunque modestísima, de la prensa del Río de la Plata; pero es de rigor que yo cumpla el deber de expresaros la gratitud á que tan extrema bondad me obliga, y bien podeis creer, señores, que lo hago con la satisfacción más íntima, como cumplo el de dirigir el más efusivo de los saludos á este noble pueblo paraguayo, en cuyo seno tantas y tan inmerecidas distinciones me han sido prodigadas.

Obligado como me encuentro á no abusar de vuestra obsequiosa benevolencia, aquí debería terminar. Sin embargo, es tan hermosa, es tan significativa esta demostración de confraternidad sudamericana, que habreis de perdonarme si intento expresar en breves palabras la gratísima imprèsión que ella produce en mi espíritu.

Razón tiene, señores, la nación paraguaya para regocijarse ante el abrazo fraternal de que es portador el ilustre General Ramos, en su elevada misión; pero habré de agregar que de este júbilo debieran participar todos los pueblos hispano-americanos.

Podrá causar extrañeza, á primera vista,

que dos naciones hermanas, de igual idioma, del mismo origen, sin diferencias ni cuestiones que las separen, hayan dejado transcurrir cerca de un siglo,—todo lo que llevan de vida independiente,—sin buscarse, sin manifestarse en forma elocuente y expresiva la sincera simpatía que recíprocamente se profesan; pero el hecho se explica sin el menor esfuerzo.

Aun poniendo de lado el riguroso aislamiento á que ominosas dictaduras condenaron al Paraguay, á partir del día mismo en que proclamó su independencia, existen razones de orden general que nos dan la explicación de la falta de relaciones estrechas y activas entre muchas de las repúblicas del habla española.

Desde luego, contribuyen no poco á ese resultado, la inmensa despoblación del continente sud-americano, los desiertos casi infranqueables que se extienden más allá de algunas fronteras y la consiguiente falta de fáciles comunicaciones; pero es menester convenir en que la principal, la verdadera razón de semejante alejamiento, no es esa.

La formación, lo que podríamos llamar la gestación institucional de estos pueblos, ha sido larga y laboriosa, y aun les queda mucho

camino que recorrer antes de que puedan considerar afianzadas sus conquistas y de que vean claramente marcados sus derroteros en el proceloso y revuelto mar de la vida colectiva. Hondamente preocupados con sus cuestiones internas, ora azotados por la guerra, ora por sus discordias civiles, muchas veces castigados por la tiranía, siempre luchando con las dificultades inherentes al desenvolvimiento de toda nueva organización, ellos no han podido prestar la necesaria atención á establecer entre sí grandes y provechosas corrientes de simpatía, ni á fomentar con mano poderosa lo que podríamos llamar sus comunes intereses.

De esta formación realmente desordenada, desigual, llena de dolorosas alternativas, quieren hacer argumento los hombres del Norte, para presentar ante el mundo á estas repúblicas como ingobernables y refractarias á las instituciones democráticas, y hacen arma á toda hora los enemigos de la libertad en el antiguo continente para combatir la forma republicana de gobierno; pero, por suerte, unos y otros se equivocan.

Las luchas, las anarquías, las dictaduras de que han sido víctimas las nacientes repúblicas hispano-americanas, son la obligada

consecuencia, como he tenido ocasión de decirlo antes de ahora, de haberse lanzado al gobierno propio antes de hallarse preparadas para ejercitarlo. Esas luchas no prueban su ineptitud ni su falta de amor á la libertad: prueban tan sólo su inexperiencia.

Bien cara han pagado, señores, estos pueblos su generosa á la vez que natural aspiración á ser prematuramente soberanas de sus destinos: pero pensemos, en cambio, que no hay mejores lecciones ni más saludables advertencias que las de la adversidad, y confiemos en que, por virtud de esa gran ley que se llama de las compensaciones, llegará dia en que no habrá sobre la tierra naciones mejor regidas que ellas, ni más celosas de sus conquistas y de la pureza de sus instituciones.

No es posible desconocer que en esa dolorosa gestación han tenido parte no pequeña la turbulencia y la altivez propias de nuestro carácter meridional; pero consolémonos recordando, después de todo, que en eso estará siempre la mejor demostración de que los hombres de nuestra raza no servimos para esclavos.

En buen hora que respetemos los adelantos alcanzados por los hombres del Norte; en buen hora que admiremos las tendencias

eminentemente prácticas de la raza anglo-sajona; pero no por ser nuestras, tengamos en menos, señores, las grandezas de nuestro espíritu.

Volvamos una vez siquiera nuestros ojos hacia el pasado para que podamos tener fe en nuestras propias energías, y rechacemos decididamente esa especie de preocupación funesta de que sólo las gentes del Septentrión son capaces de grandes empresas.

A los que nos digan que la familia española, más aún, que la raza latina marcha por el camino de una deplorable decadencia, respondámosles que pasa, cuando mucho, por un pequeño eclipse: y que hasta el sol, con ser sol, suele eclipsarse, é inunda, sin embargo, con su luz el universo.

Respondamos á los que tal digan, que esa raza es la que una, y dos, y más veces ha tenido al mundo entero bajo su dominio, sin que otra alguna pueda ostentar igual timbre de gloria; ella, la que adoptó, santificó y propagó el cristianismo, redimiendo así al mundo antiguo de la abyección y la barbarie, y libertándolo más tarde en Covadonga y en Lepanto de la peste del islamismo; la que fué madre del derecho, maestra de la filosofía, reina del arte; la que aún do-

minada por las hordas de los bárbaros, indómitas y semisalvajes, acabó por imponerse á sus propios dominadores, dándoles sus leyes, su religión, sus costumbres, resultando de aquella extraña combinación de espíritus antagónicos, la redención, la dignificación de la mujer, antes esclava; la que salvó el principio de libertad con el Municipio, hijo de Roma, con los Justicias de Aragón, con las Comunidades de Castilla, con las Cortes y los Cabildos; la que sacó al mundo de las tinieblas iluminándole con el sol del Renacimiento, mientras abría para la humanidad espléndidos horizontes con el descubrimiento de este continente americano; la que, por último, desde el tremendo Sinaí de la tribuna francesa, proclamó los derechos del hombre y rompió para siempre las cadenas del esclavo, y la que volverá á seguir su marcha triunfal á través de la historia el día en que haya terminado para ella esta especie de transitorio reposo á que la obligaron tantos y tan colosales esfuerzos.

Por eso, señores,—cien veces lo he dicho, y no me cansaré de repetirlo,—yo tengo el culto de mi raza; por eso no es posible que exista un corazón latino que no palpite alborozado al contemplar á España, á vuestra

augusta madre patria, marchando hacia la libertad, aumentando su poder y su riqueza y tendiendo los brazos á Portugal para realizar ese magnífico ideal de la unión ibérica; al ver á Francia que establece y consolida la República, centuplica su producción y llena el mundo con su espíritu; al considerar que Italia realiza su grandiosa unidad, renaciendo, cual gigantesco Fénix, de entre sus propios escombros para figurar entre las naciones más poderosas de la tierra; al contemplar, finalmente, de qué admirable manera estos pueblos americanos de origen ibero, baten en brecha á sus viejas dictaduras, afianzan sus libres instituciones, engrandecen su derecho, multiplican sus inagotables elementos de riqueza y prestan generosa hospitalidad á los hombres de todas las latitudes y de todas las lenguas que vienen á fecundar con su trabajo estos dilatados y feracísimos territorios.

Pero es preciso que estos formidables elementos, hoy dispersos, así en el antiguo como en el nuevo continente, faltos de unidad y de cohesión, se busquen, se agrupen, se confundan en idénticas aspiraciones, porque solo así llegarán á ser verdaderamente fuertes é invencibles.

Vivamos prevenidos, señores. No olvidemos que la poderosa república de los Estados Unidos de Norte América, aspira á ejercer la hegemonía, así comercial como política, de todos los pueblos del Continente, y que mientras en el último congreso panamericano celebrado en Washington, se pretendía someterlo todo á la famosa estrecha fórmula de «América para los americanos», un argentino ilustre, Roque Sáenz Peña, proclamaba en luminoso discurso, en medio de aquella misma asamblea, como viril protesta, este otro hermoso principio: ¡«América para la humanidad»!

Ya veis, señores, si es fausto y memorable el acontecimiento que hoy celebra la nación paraguaya, no sólo por lo que es en sí mismo, sino porque él viene á confirmar una vez más la tendencia de estas jóvenes repúblicas á estrechar sus fraternales relaciones, á fortalecer sus vínculos, en una palabra, á cimentar sinceramente una poderosa solidaridad de aspiraciones y de intereses, sin la cual se verán siempre expuestas á toda suerte de peligros.

Paraguayos: para terminar, permitidme que confunda mis sentimientos con los vuestros al formular los más sinceros votos por la

gloria y la prosperidad de la nación venezolana, y hagámoslos todos, señores, en estos momentos solemnes, por la grandiosa solidaridad de los pueblos hispano-americanos y por la eterna comunión de todos los pueblos latinos, á fin de que nuestra raza, para bien de la humanidad, pueda llenar cumplidamente la misión augusta que viene realizando y que está llamada á realizar sobre la tierra.

VELADA LITERARIA

EN EL CLUB ESPAÑOL

Á BENEFICIO DE LAS VÍCTIMAS DE LAS INUNDACIONES EN ESPAÑA

(7 DE DICIEMBRE DE 1891)

Señoras:

Señores:

Cumplo el más noble y el más honroso de los deberes, al saludaros en nombre de la Comisión Directiva del Club Español; porque vuestra presencia en estos salones, al dar brillo y esplendor á esta velada, viene á poner de relieve una vez más hasta que punto es inagotable la generosidad de la gran familia española cuando se trata de enjugar las lágrimas de los que sufren, sumidos en la orfandad y en la miseria.

Nunca, nunca, señoras y señores, la voz del infortunio llamó en vano á nuestras puertas. Cuando allá en la amada patria, la guerra desató sus furias lanzando al hermano á

luchar contra el hermano, cuando el torrente desbordado destruyó los pueblos y arrasó los campos, cuando el terremoto cubrió de ruinas el suelo, cuando abrieron los mares sus lóbregos abismos para sepultar en ellos á innumerables hijos del trabajo, cuando aquí fué menester erigir soberbias instituciones que diesen protección ó albergue á los que en la lucha por la existencia pierden la salud del cuerpo sin tener quizás á donde volver los ojos en medio de su desamparo, siempre el corazón español supo mostrarse entre nosotros abnegado y grande y se apresuró á depositar con mano pródiga su generosa ofrenda en el altar de la desgracia.

Por eso digo que es el más elevado y el más noble de los deberes el que me cabe la alta honra de cumplir en este instante al significaros cuánto obliga vuestro concurso la gratitud de los que organizaron esta solemnidad literaria, esta verdadera fiesta del corazón, porque es á un mismo tiempo, fiesta de la filantropía y del patriotismo.

Señores: yo no sé quien ha dicho,—creo que lo hemos dicho todos,—que no parece sino que el destino quisiese probar el temple del espíritu hispano, prodigando sobre nuestra patria, de veinte años á esta parte, todo

género de calamidades y desdichas; y en verdad que llena el pecho de júbilo, á la vez que de esperanza, el contemplar como ese genio misterioso que preside las evoluciones de nuestra patria á través de los siglos, después de habernos conducido á probar nuestro valor y nuestro arrojo en admirables descubrimientos y en temerarias conquistas, nuestro pensamiento en el hermoso campo de la inspiración y de la ciencia, nuestra proverbial hidalguía en todas partes, ha querido depararnos ahora ocasión, aunque triste, para probar que por ser grandes en todo, lo somos también hasta en saber unirnos para atenuar los estragos causados por los despiadados golpes de la ciega naturaleza.

Por eso dejando de lado exagerados pesimismos, debemos tener fé, pero fé inquebrantable en que pronto han de lucir para nuestra España días mejores; porque ese genio, ese valor, esa generosidad, ese amor al trabajo que constituyen el nervio, la esencia, la noble idiosincrasia de nuestro pueblo, son preciadísimos elementos con los cuales hemos de sobreponernos siempre, suceda lo que quiera, á todas las calamidades y á todos los contratiempos que el porvenir nos tenga deparados.

¿Y cómo es posible, señores, que se menoscabe, que se anuble siquiera el espíritu español cuando, esparcido á los cuatro vientos, bien podría decirse que hoy ejerce su dominio en la mitad del mundo, desde que son de raza ibérica la casi totalidad de los pueblos del continente americano?

A donde quiera que volvais los ojos, allí encontrareis los rasgos distintivos de nuestro carácter, siempre indomable y altivo.

Los tiempos han cambiado, pero no importa; porque allí á donde antes iban las armas de guerreros invencibles ó la cruz del misionero que enseñaba las verdades del cristianismo, van hoy los hijos del trabajo llevando la chispa de luz en el cerebro, la nobleza en el corazón, en la mano la herramienta que arranca á la tierra sus tesoros, y prueban de ese modo que en todas las épocas y en todas las formas saben cuantos tienen en sus venas sangre española, enaltecer con sus hechos el nombre de la patria.

Ningún ejemplo mejor que el que ofrece el inmenso número de españoles establecidos en el Río de la Plata. Sin que tal vez se den cuenta siquiera de la grandiosa misión que realizan, bien podría asegurarse que aquí continúan la obra inmortal de sus predeceso-

res contribuyendo poderosamente á impedir que, por la aglomeración de hombres de todas las razas y de todas las latitudes, llegue algún día á bastardearse el espíritu español en estas hospitalarias regiones, el cual, dígase lo que se quiera, será siempre el mayor timbre de honor y de orgullo para los pueblos americanos.

Pero dejando de lado estas ideas, que me harían entrar en un orden de consideraciones con que no quiero molestaros, permitidme recordar, al menos, cuánto esfuerzo, cuánta abnegación, cuánta constancia representa la obra paciente y fecunda de la colectividad española en la República Argentina: porque este recuerdo, á la vez que es un acto de justicia, siempre podrá servir de estímulo para seguir adelante con inquebrantable perseverancia por el camino que nos trazaron hombres llenos de fe y de patriotismo, en cuyo ejemplo debemos inspirarnos, y á los cuales se encargará de enaltecer el tiempo, ese incansable cambiador de cosas y eterno repartidor de justicias.

De muchos de ellos nos privó la muerte; de otros la ausencia; de no pocos el natural cansancio producido por el constante batallar y el perpetuo recibir por todo galar-

dón, decepciones y desengaños; pero para todos ellos, ya que se me presenta ocasión propicia, quiero tener esta noche una palabra de respetuoso recuerdo, porque á ellos corresponde la gloria, sí, la gloria de haber dado unidad y cohesión y fuerza á esta poderosa colectividad española que á un mismo tiempo, y en medio de una crisis formidable, sin precedente en la historia de estos países, ha sabido levantar y sostener tres cuantiosas suscriciones, todas ellas inspiradas en grandes y plausibles propósitos: para el Hospital español, para Isaac Peral, para las víctimas producidas por las inundaciones en Toledo, Valencia y Almería.

Y estas suscriciones de hoy, como las no menos memorables de tiempos no lejanos, estas numerosas instituciones de carácter filantrópico, social, financiero, sólidamente organizadas, en que hemos llegado á condensar nuestras patrióticas aspiraciones, obra son de nuestra inquebrantable armonía y de nuestra identidad de miras y de propósitos dentro de la colectividad; y yo digo, señores, que debemos mantener á toda costa esa unidad, que nos hace respetados y fuertes, para llegar algún día, tal vez no lejano, á la realización de más grandes ideales, y que

debemos declarar enemigos del buen nombre y del honor de España á los insensatos que llegasen á cerrar sus ojos ante las funestas consecuencias de arrojar entre nosotros la manzana vil de la discordia.

Y sea mi última palabra, señoras y señores, para regocijarme ante la seguridad de que la fiesta que hoy celebramos constituye un paso más en el sentido de fortalecer el espíritu hispano-americano, porque á ella traen su óbolo generoso así los americanos como los españoles, demostrando de esta suerte que es la caridad en el mundo, quinta esencia de la confraternidad, virtud sublime, hermosa y refulgente irradiación de la conciencia humana.

IV CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

VELADA LITERARIA

CELEBRADA

EN EL «CLUB ESPAÑOL» DE LA PLATA

DISCURSO INAUGURAL

(12 DE OCTUBRE DE 1892)

Señores:

Oímos decir á todas horas que la única, la verdadera ley que impera entre los hombres es la ley del más fuerte.

No. ¡Error grandísimo! Quien impera en el mundo, quien lo sujeta á su voluntad y á norma, es el Genio.

Cuando nos detenemos á considerar lo que es la vida de los seres, miramos con dolor que el débil rinde parias todavía casi siempre al poderoso; pero cuando consideramos á la humanidad en su conjunto, la vemos humi-

llarse ante el Genio y acatar sus soberanas decisiones.

Y es que el Genio lleva en sí la fuerza de la idea, ora la proclame Cristo con su martirio, Galileo dominando los espacios con su pensamiento, Colón lanzándose á los mares desconocidos para descubrir un inmenso continente, ó Washington fundando una de las nacionalidades más poderosas de la tierra.

Todos los ejércitos de Alejandro y Julio César, de Aníbal y Carlomagno, de Carlos V y Bonaparte, aparecen como cosa mezquina y despreciable ante la sencilla intuición de un hombre que del hervor de una cafetera deduce principios que en el breve transcurso de un siglo han transformado la faz de las naciones.

¿Qué valen ni qué significan todas las conquistas de esos que apellida la historia genios de la guerra, ante esa soberana conquista del genio de Watt descubriendo el vapor y señalando á la humanidad asombrada rumbos nuevos y horizontes vastísimos que jamás habían sido siquiera imaginados?

He ahí por qué esa misma humanidad, como avergonzada de su injusticia con muchos de los seres á quienes debe una gran parte de su bienestar y de su gloria, los bus-

ca ahora con empeñoso afán para tributarles el más rendido pleito homenaje.

Así la vemos que mientras corona á Quintana, y eleva estátuas en vida á Víctor Hugo, y glorifica á Edison, y teje la palma de la inmortalidad sobre la frente de Castelar, vuelve los ojos á Colón, y por primera vez, después de cuatrocientos años, piensa que debe hacerse cumplida justicia á los descubridores del continente americano.

Y aunque tardía ¡qué hermosa reparación, señores!

Parece como si las presentes generaciones, al coronar de luz á los que descubrieron la América, se coronasen de luz á sí mismas!

Porque cuando se detiene el pensamiento á meditar ante la obscuridad de aquellos tiempos, no lejanos todavía, en que la universal aspiración se cifraba en la guerra y la conquista, en que las viejas preocupaciones y los rudos fanatismos atajaban el paso á la nueva ciencia que alboreaba entre los resplandores del Renacimiento, en que la cosmografía y la misma geografía eran en su mayor parte aventuradas hipótesis, y en que, por último, los elementos de que disponía la náutica eran por demás imperfectos y mezquinos, el descubrimiento de América apa-

rece á nuestros ojos rodeado de su verdadera grandeza y adquiere las proporciones del suceso más portentoso de los siglos.

Era la página sublime que la raza latina estaba llamada á escribir en el libro de la historia: completar el mundo, después de haber sido la única que pudo sojuzgarlo con la fuerza y supo iluminarlo con la filosofía, regirlo por la legislación, y embellecerlo con las soberbias creaciones de los artistas y los poetas.

Por eso, señores, debemos tener el orgullo de nuestra raza. Ella es la grande, ella es la fuerte, ella la que á través de las edades, ha ido dejando ese maravilloso rastro de luz sin el cual estaría aún la humanidad sumida en la obscuridad y en la barbarie; ella la que sintiendo estrecho el mundo antiguo para la excelsitud de sus miras, quiso que fuese pedestal del eterno monumento de su grandeza, esta hermosa tierra americana destinada á ser el más firme baluarte de todas las libertades y de todos los derechos.

Porque Colón, seguramente sin saberlo, quizá sin sospecharlo, al poner su planta en el continente americano, hería de muerte los viejos despotismos y aseguraba para siempre el imperio de la libertad.

En aquella tierra virgen, iban á nacer pueblos nuevos, sin arraigadas tradiciones, sin castas ni dinastías. Nueva tenía que ser su organización, nuevo su espíritu: allí tenía que ser una verdad, al andar de los siglos, el gobierno del pueblo por el pueblo.

Y era fuerza, señores, que así sucediese; porque los españoles llevaban consigo aquel espíritu democrático que, en Aragón y en Castilla, obligaba á los reyes á inclinarse ante los pueblos y á jurar solemnemente en las Cortes que aceptaban la misión de hacer respetar sus fueros y guardar sus libertades, con aquella famosa fórmula: «é si non, non;» porque traían consigo esa hermosa institución del Municipio, del Cabildo, que significaba la defensa del pueblo contra toda imposición y toda tiranía; y por que, allá en el Norte del continente, supieron los puritanos hacer verdad los principios de la Carta magna, no tan democráticos ciertamente como los de las Cortes españolas, pero que al fin representaban una imposición de los gobernados sobre la tendencia absorbente y opresora de las antiguas instituciones monárquicas.

Pero ya que alcemos la voz en justísima alabanza de lo que el descubrimiento signi-

fica como afianzamiento y propagación del espíritu de libertad, séanos lícito recordar, señores, y repitámoslo una y mil veces, que España, la noble y generosa España, fué el Cristo crucificado en ese cruento y penosísimo calvario que se llama la conquista y la población de América.

Ella, con Isabel y Fernando, los Pinzones y Santángel, Deza y Quintanilla, Marchena y Mendoza, fué la que, adivinando el genio de Colón, llevó á cabo la colosal empresa; pero ¡ay! que su noble audacia había de costarle el ver abandonados, yermos, sus antes feraces campos, muerta su floreciente industria, despoblado su rico territorio, para alimentar con su savia y con su vida este dilatado continente.

Los mismos tesoros que de la región americana conducían las naves españolas, cuanto más ingentes eran, tanto más contribuían á enervar los espíritus, matar el amor al trabajo y fomentar la disipación y la holganza; y así vimos pronto á aquella nación, cuyo poder y cuyas riquezas parecían inagotables, convertirse en un enjambre de frailes y de hijos-dalgo, que cifraban en el vivir sin trabajar todos sus ideales y todas sus aspiraciones.

Durante cerca de tres siglos, no fué Espa-

ña otra cosa que la víctima propiciatoria sacrificada por el destino implacable en el altar de su propia grandeza: porque á la manera de madre extenuada y anémica que da la vida para nutrir al hijo de sus entrañas, así España dió la suya, desangrándose, empobreciéndose para llevar la luz de sus ideas y el poder de sus armas á las más apartadas regiones del Nuevo Mundo.

Cuando esta verdad, señores, llegue á penetrar en todos los espíritus, y llegará pronto, porque se acercan para nuestro nombre los tiempos de las grandes reparaciones y de las grandes justicias, la América entera entonará un himno de admiración y de amor hacia aquella nación heroica, tan grande como desgraciada, tan noble y caballeresca como mal comprendida, y le otorgará las palmas que sólo merecen los mártires y los héroes.

Aquellos esfuerzos titánicos que agotaron sus poderosas energías, la hicieron, es cierto, quedar un tanto rezagada, desde el punto de vista de su poder material, en el concierto de las demás naciones; pero es que ellas no dieron la vida, como España, á una verdadera constelación de nacionalidades que se extienden del uno al otro polo, dejando impreso en

ellas para siempre el sello imborrable de su carácter, de su religión y de su idioma.

Señores:

Cuatro siglos, en el eterno rodar de los tiempos, son cuatro instantes.

Este continente americano despertó ayer á la vida. Los pueblos que en él se formaron, puede decirse que comienzan ahora á organizarse, á educar al pueblo, á regirse por sabias instituciones.

¡Y ya nos asombramos, señores, de la inmensa transformación que ha sufrido el mundo desde el descubrimiento de América!

Asombrémonos, sí, doblemos la rodilla ante la sola idea de los prodigios que en tiempos no lejanos realizarán aquí las futuras generaciones, y al considerar de qué manera habrán de engrandecerse allá en lo porvenir los nombres del inmortal Colón y de la gloriosa Iberia!

CONSTITUCION

DE LA

ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA

EN LA PLAZA EUSKARA

INFORME SOBRE SUS ESTATUTOS

(23 DE MARZO 1896)

COMPATRIOTAS:

Voy á dirigiros algunas palabras en nombre de la comisión redactora del proyecto de Estatutos de la Asociación Patriótica Española que van á ser sometidos á la deliberación de esta numerosa Asamblea.

Diré, ante todo, que la institución que ahora nos proponemos organizar, ha existido de hecho entre nosotros desde hace largos años: desde que los españoles hemos creido necesario agruparnos, para actuar como fuerza colectiva, en bien de la patria.

No necesito recordaros que toda vez que

la guerra, ó la inundación, ó el terremoto, ó cualquier otra calamidad vinieron á enlutar nuestro suelo, los españoles residentes en toda la República hemos contribuido con verdadera abnegación á mitigar las desdichas de nuestros hermanos.

En cada caso, los presidentes de nuestras más respetables asociaciones, los directores de periódicos españoles, los hombres más caracterizados de la colectividad, se han congregado, por propia y generosa iniciativa, organizando comisiones recaudadoras de fondos, que terminaban una vez cumplido el fin transitorio á que su constitución había respondido. Recordaré, como ejemplo, las Juntas que aquí se formaron para levantar suscriciones destinadas á socorrer á los damnificados por los terremotos de Andalucía, por las nevadas de Asturias, por las inundaciones de Murcia y Alicante, así como las de Almería y Consuegra, por la explosión del vapor «Cabo Machichaco», en el puerto de Santander, las constituidas para auxiliar al ilustre marino Isaac Peral y para reclutar y equipar á los numerosos voluntarios que de aquí partieron á defender en Cuba la integridad de la patria, á parte de otras muchas que en este momento se escapan á mi memoria.

El resultado de los plausibles esfuerzos de estas Juntas, superó siempre, bien lo sabeis, á las esperanzas de todos, constituyendo un verdadero timbre de honor para el nombre español en América; y sin embargo, es preciso reconocerlo: esos esfuerzos generosos resultaban, con frecuencia, malogrados en no pequeña parte, porque obligadas las Juntas á invertir días y hasta semanas en constituirse y en designar sub-comisiones tanto en la Capital como en numerosos puntos de la República, no sólo no era aprovechada la impresión producida en los primeros momentos por la noticia de la desgracia que debía socorrerse, sino que el socorro no siempre llegaba con la conveniente oportunidad. En no pocas ocasiones, las mismas Juntas debieron apresurarse á anticipar considerables sumas, bajo su propia responsabilidad, á fin de que los auxilios pudiesen remitirse á España sin demora.

Pues bien, señores: habeis sido convocados para deliberar sobre la conveniencia de fundar una institución de carácter permanente, con funciones propias y perfectamente definidas, que salve aquellas dificultades, así como para que deis vuestra opinión acerca de la forma en que esa institución debe ser organizada.

La comisión redactora del proyecto de Estatutos, no ha hecho, en rigor, otra cosa que traducir en disposiciones reglamentarias lo que, como se ha indicado, era ya un hecho entre nosotros; y en cuanto á los elementos que han de gobernar la institución, ha pensado que no podían ni debían ser otros que aquellos que ejerzan entre nosotros la más alta representación y reunan la mayor suma de autoridad, es decir, los mismos con cuyo concurso se ha contado siempre que se ha emprendido algo con los fines á que hoy responde la fundación de la Asociación Patriótica Española.

Es, pues, la institución que se proyecta una verdadera condensación de voluntades con las cuales se cuenta de antemano, una agrupación de los elementos que dirigen la colectividad, disgregados actualmente y llenando diversos propósitos, á fin de que colocada en condiciones de obrar en momentos dados como una fuerza verdaderamente poderosa y única, sin dificultades ni dilaciones, contando con juntas locales en todo el territorio de la República, pueda obtener del esfuerzo colectivo resultados infinitamente superiores á los alcanzados antes de ahora, con ser ellos tan grandes, y hasta contar con

un fondo de reserva que nos permita ser los primeros en aliviar cualquier calamidad que demande nuestro auxilio.

Y si ese fondo de reserva no llegase á reunirse ó, reunido, se agotase, la Asociación seguirá llenando de igual modo sus fines, porque siempre será la colectividad misma organizada y dispuesta para responder en cualquier momento al llamado de la patria.

Como veis, la Asociación Patriótica no será una sociedad española más que haya de aumentar el número de las ya existentes entre nosotros; será una especie de organismo superior, formado por el concurso de nuestros mejores elementos colectivos, un verdadero lazo de unión de todas las demás sociedades sin lastimar ni invadir la esfera de acción de ninguna de ellas.

No es nueva la idea de dar vida y forma á este organismo con fines puramente patrióticos. Años hace ya que la Comisión Directiva del Club Español había pensado en organizar una Junta Patriótica de carácter permanente, al frente de la cual se hallaría el presidente de mayor edad entre los que presidiesen sociedades españolas en esta Capital, ó el mismo del Club, aprovechando los trabajos hechos y las comisiones locales

constituidas para la suscrición en favor del ilustre y malogrado Isaac Peral; pero las difíciles circunstancias porque atravesó el país y muchos otros motivos que no son del momento, fueron causa de que aquel noble propósito no se llevase á la práctica.

Pero hoy, ya no es la iniciativa de un hombre ó de una sociedad determinada, la que nos habla de la necesidad de formar una poderosa agrupación con los enunciados fines, bien que al Orfeón Español le quepa la gloria de que en su seno haya nacido el levantado pensamiento que aquí nos congrega, no; es la colectividad entera quien la impone, ante la indiscutible conveniencia de vivir apercibidos á fin de contribuir á que España pueda dominar la crítica situación en que se halla y castigar con mano fuerte á los ingratos que pretenden desmembrar su territorio.

Pero, como quiera que sea, la institución á que habreis de dar vida en esta asamblea, la más entusiasta é imponente de que haya memoria entre nosotros, esta institución, digo, por ser completamente nueva, por ser acaso única en su género, exije una organización nueva también y distinta de la de todas las sociedades conocidas; y si bien la comisión redactora de los Estatutos puso todo

su empeño en hacer una obra que respondiese, en la medida deseable, á los fines que se persiguen, como obra humana al fin, no puede hallarse exenta de deficiencias y de errores, que vosotros habreis de señalar ó que habrán de poner de relieve, y esto es lo más probable, la observación y la experiencia.

Los propósitos de la Asociación segun nuestro proyecto son los siguientes:

Primero: responder al llamamiento de la patria siempre que necesite del concurso, bien personal, bien intelectual ó pecuniario de sus hijos; segundo: salir á la defensa del buen nombre y del honor de España, siempre que fuere necesario; tercero: repatriar á los españoles acreedores á este beneficio; cuarto: fomentar, finalmente, el espíritu de confraternidad entre españoles y americanos.

En cuanto á su organización, es por demás sencilla.

Será regida la Asociación por una Junta Ejecutiva, compuesta de nueve miembros y cinco suplentes, y una Junta Consultiva de la que formarán parte todos los presidentes de sociedades españolas de esta Capital, los directores de periódicos que defiendan tambien en esta Capital intereses españoles y diez y

seis vocales elegidos por las asambleas, de igual modo que la Junta Ejecutiva, entre las personas más caracterizadas de la colectividad.

La Junta Ejecutiva, como lo indica su propio nombre, tendrá á su cargo todo lo concerniente al gobierno de la institución; mientras que la Consultiva será algo así como un pequeño congreso de nuestra colectividad que discutirá toda iniciativa de importancia, sea cualquiera su orígen, autorizará suscriciones, votará la inversión de fondos, interpretará los Estatutos y suplirá las deficiencias que en estos lleguen á encontrarse.

Las facultades de ambos organismos, se hallan en nuestro proyecto minuciosamente determinadas, señalando á cada uno su esfera de acción, á fin de evitar choques y dificultades en su respectivo funcionamiento.

La Junta Ejecutiva nombrará juntas locales en las capitales de provincia y en todos los demás puntos de la República donde se crea oportuno, cuando ellas no se hayan de antemano constituido espontáneamente. Esas juntas tendrán, en su acción propia, la mayor suma de autonomía posible.

Nuestro proyecto crea, señores, una institución altamente benéfica: la Caja ó fondo

de repatriación, idea perseguida desde hace largos años y que jamás pudo verse realizada. Los bienes que está llamada á producir, facilitando el regreso á la patria de viudas infelices, de enfermos, ó de huérfanos desamparados, son inmensos. Se aplica á tan humanitario propósito el diez por ciento de los ingresos de la Asociación el cual podrá ser aumentado hasta el veinte, si á juicio de la Junta Consultiva fuese necesario.

No necesito llamar vuestra atención sobre la importancia que encierra el último de los propósitos que dejo enumerados: el relativo á la confraternidad hispanoamericana. Yo entiendo que no podremos hacer obra mejor ni más meritoria á los ojos de la patria, así en bien de sus intereses morales, como materiales, que trabajar empeñosamente por atraer hacia ella el respeto y la cariñosa simpatía de nuestros hermanos los argentinos.

Esta es, á grandes rasgos, la parte fundamental del proyecto. Lo demás, es cuestión de detalle, y por lo mismo de secundaria importancia.

Y ahora, yo me permito dirigiros una súplica. Yo os pido, compatriotas, que os inspiréis en estos momentos de supremo peligro para el honor y la integridad de la patria,

en el fin altísimo á que responde la convocación de esta Asamblea.

Es preciso, por lo mismo, que los Estatutos, si han de ser discutidos, lo sean únicamente en su parte esencial. La depuración de sus errores, el examen de los detalles de su mecanismo, serán la obra de futuras asambleas, cuando se lleven por delante, como queda dicho, los consejos de la experiencia. De lo contrario, corremos verdadero peligro de que nuestras generosas aspiraciones no puedan verse realizadas.

Lo que importa ahora es que nos constituyamos de una manera seria y definitiva. Lo demás, ello vendrá por sí solo.

Nuestro patriotismo, ya que tratamos de realizar obra patriótica, exige hoy de nosotros más que palabras y discusiones, hechos en que se traduzca la sinceridad de nuestros propósitos.

Tengamos fé, por de pronto, en que asistimos al nacimiento de una gran institución; porque esta Asociación Patriótica que hoy fundamos, será en breve tiempo, no lo dudéis, la más poderosa agrupación española de toda la América.

Y será grande y fuerte porque, como su propio nombre lo indica, ella responde á la

augusta voz de la patria: esa patria amadísima, hoy azotada por la desgracia, á la cual debemos desde el fruto de nuestra labor y la energía de nuestro pensamiento, hasta la sangre de nuestras venas.

Hoy pasa España, compatriotas, por momentos de terrible prueba. Hállase amenazada la integridad de su territorio; y en frente del heroismo con que defiende el honor de su bandera, se alzan colosos que auxilian descaradamente á los que parece que no tuvieran otra misión que incendiar y devastar la perla de las Antillas. Pero no importa: el pueblo español es de los que jamás retroceden ni se detienen á contar el número de sus enemigos. Cumplamos nuestro deber, agrupémosnos en apretado haz á fin de que nuestros esfuerzos y nuestros sacrificios resulten fecundos, y esperemos confiadamente que España ha de prevalecer con honor y con gloria enmedio de las innobles asechanzas que la rodean, y ha de sobreponerse al fin á todas las vicisitudes y á todos los peligros.

CONFRATERNIDAD ESPAÑOLA

FIESTA DE LOS ESPAÑOLES DE GENERAL BELGRANO

CELEBRANDO LA FUSIÓN

DE SUS DOS SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS

(25 DE MAYO DE 1897)

COMPATRIOTAS:

Voy á ser muy breve. Voy á deciros dos palabras cumpliendo un deber de gratitud, ya que me habeis honrado pidiéndome que os acompañe en esta simpática fiesta del patriotismo y de la concordia de los españoles de General Belgrano.

El día en que os habeis confundido en un estrecho y fraternal abrazo, es un día de satisfacción inmensa para todos vosotros y es, á la vez, una fecha de honor para la colectividad española de la República.

Y después de todo, ¿qué os separaba? Nada que no fuese honroso y digno para unos y

para otros: la emulación del bien, el generoso empeño de hacer una obra de humanidad y de beneficencia, en una palabra, algo que á todos os dignificaba y enaltecía; ¡ojalá, señores, que no hubiese en el mundo otras divisiones que esas entre los hombres!

Pero esa tendencia al bien común, antes disgregada, forma hoy un solo núcleo: y pues la unión hace la fuerza, pensad si debeis regocijaros ante la idea de que en lo sucesivo vuestros esfuerzos han de ser inmensamente más benéficos y fecundos que hasta ahora.

En cuanto á mí, puedo aseguraros que, si este suceso me halaga y satisface, por si pude llevar á su realización mi modesto grano de arena, como español me llena el corazón de júbilo; y es que siempre he pensado, á todas horas he dicho que solo seremos verdaderamente acreedores al respeto de los demás, cuando nos vean unidos y compactos persiguiendo como único y grandioso ideal el culto ferviente y entusiasta de la amada patria ausente.

Y en ese camino estamos, queridos compatriotas. Nada hoy nos separa, nada nos divide. Un solo Club Español en la Capital de la República, de larga y gloriosa historia,

pues de él han salido casi todas las iniciativas que han dado lustre aquí á nuestro nombre, es el gran centro al cual converge toda nuestra sociabilidad colectiva; un solo diario, «El Correo Español», que representa una suma incalculable de labor y de patriótico sacrificio, encarna nuestras ideas y nuestras aspiraciones, trayéndonos á cada instante las palpitaciones del corazón gigante de la patria; una sola gran sociedad de Socorros Mutuos, verdaderamente colosal, es la norma y fuerza reguladora de todas las demás de su género, sirviéndoles de ejemplo y guía; y, finalmente, una Asociación Patriótica Española, nacida ayer, puede decirse, es á estas horas un grandioso organismo á cuya voz los españoles todos, como un solo hombre, hemos levantado nuestros corazones y puesto á contribución nuestro peculio para ofrecer á España un magnífico buque de guerra, hecho hasta ahora sin ejemplo entre todas las colectividades extranjeras extendidas en el mundo.

Ya veis, compatriotas, hasta qué punto es lisonjero y plausible el acontecimiento que hoy celebramos, si bien modesto en sus proporciones, grande y halagador en cuanto él pone de manifiesto una vez más nuestra in-

vencible tendencia á la unidad, que da fuerza, y á la concordia, que eleva y dignifica los corazones.

Antes de terminar, permitidme que fije mi atención en una singular coincidencia. Celebrais fiestas de confraternidad entre españoles el día 25 de Mayo, en que la República Argentina conmemora su independencia; ¡y qué hermoso sería que en igual fecha pudiésemos pronto celebrar fiesta de confraternidad y amor españoles y argentinos!

Yo lo deseo, compatriotas, yo lo deseo ardientemente. He batallado durante toda mi vida de América, ya larga ciertamente, para ver realizada esta hermosa aspiración; he clamado en todas partes un día y otro, con perseverancia infatigable, con insistencia á veces cansadora, por la necesidad de que desaparezca para siempre todo aquello que nos aleje de los hijos de esta hospitalaria tierra, segunda patria nuestra y patria de nuestros hijos; y bien podeis creer, señores, que el ansiado día se aproxima.

No está lejana la hora, no puede estarlo, en que nuestros oidos dejen de ser mortificados, al entonarse las estrofas del himno nacional, con frases que lastiman hondamente nuestra patriótica susceptibilidad; y cuando eso su-

ceda, seremos nosotros los primeros en ir con nuestros hermanos los argentinos á celebrar su independencia, saludándoles con el corazón alborozado y entonando á una voz con ellos los himnos de su grandeza y de su gloria.

Hace días, muy pocos, el Intendente municipal de un importante partido de campaña, del «25 de Mayo», el Sr. D. Liborio Luna, declaraba pública y solemnemente que no permitiría en esta fecha demostración ni frase alguna, al cantarse el himno nacional, ni en cualquiera otra forma, que pudiese herir nuestra susceptibilidad, y los periódicos se han hecho eco de tan simpáticos y tan plausibles propósitos. ¡Quién sabe, compatriotas, si á la manera del famoso grito del Alcalde de Móstoles que, corriendo de un ámbito á otro el suelo español, fué la chispa que encendió la guerra de la independencia contra el Capitán del siglo, no llegue á ser la generosa voz del Sr. Luna, la chispa que encienda en el pecho de todos los argentinos el sincero deseo de que les acompañemos en sus fiestas, y de que nos confundamos para siempre con sus sentimientos, borrando con un pequeño esfuerzo de buena voluntad, reminiscencias históricas inexplicables y absurdas en los tiempos que alcanzamos!

Hagamos votos, señores, porque el lazo de unión que hoy sellamos sea imperecedero, y por que el ejemplo de la dignísima Intendencia del «25 de Mayo» sea imitado en fecha próxima por las autoridades de toda la República!

ANTE LOS RESTOS

DEL INSPIRADÍSIMO

Y MALOGRADO POETA ESPAÑOL

CARLOS M. DE EGOZCUE

(8 DE OCTUBRE DE 1897)

SEÑORES:

Yo sé bien que la palabra no traduce jamás el verdadero dolor, y no he de intentar siquiera describir el que me destroza el alma al ver que la muerte ha extendido para siempre su tenebroso velo sobre la frente serena y luminosa del que en vida se llamó Carlos Melchor de Egozcue.

Pobre Carlos! Paréceme que era ayer cuando, allá en la amada patria, mientras compartíamos las tareas del aula y del periódico, en los días sin sombras de nuestra primera juventud, me hacías el cariñoso confidente de tus sueños de gloria y de fortuna!

Bien pudo la muerte que, como dijo el vate latino, pone su planta por igual en la cabaña del pobre y en el alcázar del poderoso, haber detenido su golpe despiadado ante esta alma que no conoció jamás las negras impurezas de la vida, ante este hombre bueno entre los buenos que si quiso ser pobre de bienes materiales, fué para ser, en cambio, verdadero prócer de la inspiración y de la inteligencia.

Cayó en mitad de la jornada Carlos Egozcue, vencido tal vez en esa lucha diaria por la existencia, desigual é infecunda, para la cual no había nacido. Él, que era el cantor, que era el poeta cuya misión no debió ser otra que la de regocijar al mundo con la armonía de sus versos, tuvo también que luchar, tuvo también que sufrir, rindiendo su tributo á esa ley inexorable del dolor ante la cual todos los hombres somos iguales.

Su obra queda incompleta. «Nubes y Flores», aquel hermoso libro en que se guardan tantas y tan gallardas muestras de su robusta inspiración y de la galanura de sus versos admirables, no era sino el felicísimo preludio de las soberbias creaciones que estaba llamado á producir el estro poderoso y fecundo que animaba su espíritu.

Su musa, á la vez que expresión vibrante de todos los idealismos y de todas las ternezas, era la musa bienhechora del pensador y del sociólogo. Su inspiración se cernía en las soberanas alturas desde las cuales mira el alma con dolor los egoismos y las pequeñeces que mantienen divididos á los hombres; y así, más que todas las gestiones diplomáticas y más que todos los pactos internacionales, ha hecho Carlos Egozcue en bien de la solidaridad de la gran familia española, con sus hermosas y populares canciones «La voz de la sangre» y «Las dos banderas», que hoy recita el niño en el hogar y en la escuela, del uno al otro confín de la República, como el himno sonoro de amor y de confraternidad del día de mañana.

¡Adiós, Carlos amigo! ¡Adiós, hermano del alma!

Tu cuerpo queda aquí; pero tu corazón morará con nosotros palpitante y vivo en el ritmo cadencioso de tus versos. No morirá jamás tu recuerdo para los que te hemos admirado y querido, y tu nombre ha de brillar como un rayo de luz mientras existan en el mundo espíritus que sepan comprenderte.

VELADA LITERARIA

EN EL "PRINCE GEORGE'S HALL"

Organizada por la Juventud Argentina

EN HONOR DE ESPAÑA

(16 DE MAYO DE 1898)

SEÑORES:

No vengo á hacer una conferencia, que no cabría dentro del vasto programa de esta hermosa fiesta, ni siquiera á pronunciar un discurso. Vengo, en nombre de la Asociación Patriótica Española, á dar las gracias con palabra sentida que me sale del alma, á esta generosa juventud argentina que, al ver á la madre patria rodeada de peligros y de innobles asechanzas, deja escapar del pecho el grito de indignación que arrancan todas las grandes injusticias, y se acuerda de que su idioma, su nombre, su propia sangre vienen

de aquella gloriosa Iberia tanto más indomable y altiva cuanto más combatida por la desgracia.

Y no sólo cumplo al decir esto con un deber sagrado para mí, sagrado para cuantos hemos nacido en tierra española, allí donde las almas saben hacer de la gratitud un culto, sino que, debo confesarlo, satisfago una de las más ardientes y sinceras aspiraciones de mi espíritu, pues que veo en esta solemnidad una prueba viva, elocuentísima de que nuestra confraternidad se hace carne en el corazón mismo de la sociedad argentina, porque de la juventud, con sus nobles arranques, con sus entusiastas iniciativas, bien puede afirmarse que es el nervio, el verdadero corazón de las naciones.

Por eso decía, no ha mucho, dirigiéndome á una numerosísima asamblea de españoles, que yo no podía contemplar este grandioso renacimiento sin lágrimas de gratitud en los ojos: y que en medio de la desigual y gigantesca lucha á que los Estados Unidos, sin razón y sin derecho, provocaron á España, podría ésta asegurar que antes de disparar un solo cañonazo, había conseguido ya un triunfo grande entre los grandes, reconquistando y afianzando para siempre el

amor y la simpatía de sus hijas las repúblicas hispano-americanas.

Nadie, con la potente virilidad y la clásica belleza del gran poeta argentino Calixto Oyuela, ha sabido decir que esa lucha no es la guerra entre dos pueblos, sino el choque de dos razas en que una clama ¡interés!, la otra ¡justicia!; de dos fuerzas antagónicas que marchan por distintos rumbos á cumplir sus destinos, á través del tiempo y del espacio.

Es una ley etnológica que fatalmente se cumple. Dígase lo que se quiera, la solidaridad entre los hombres de una misma raza, ha sido siempre una verdad y lo será mientras el mundo exista, porque ella reconoce su fundamento en la misma naturaleza humana.

Es muy hermoso y consolador el principio cristiano de que todos los hombres son iguales, de que todos deben ser hermanos; pero entre tanto, por natural instinto, el negro aborrece al blanco, el blanco desprecia al negro, y el hombre de tez amarilla que puebla el Asia, aborrece por igual á los negros y á los blancos.

¿Queremos un ejemplo? Ahí tenemos á la misma República norteamericana, que pretende engañar al mundo con su mentida civilización. Allí los blancos desprecian y de-

primen á los negros, considerándolos como seres inferiores y tratándolos como á bestias de carga. No hay maldad que con ellos no se haya allí cometido, y la guerra de secesión no fué otra cosa que una inmensa hecatombe de miembros infelices de la raza etiópica. Allí fué bárbaramente sacrificada, exterminada á sangre y fuego esa hermosa raza india de los Pieles Rojas, trabajadora y buena, sin que jamás, en medio de la matanza, haya encontrado eco en el corazón de un yankee la palabra ¡misericordia! Allí, finalmente, las leyes han prohibido, bajo penas severas, la entrada al país de un solo hombre de raza amarilla, considerándolo como un peligro y, además, por su sobriedad y amor al trabajo, como un temible competidor del hombre blanco.

Ya lo veis: los yankees, los mismos que hipócritamente se exhiben como redentores de pueblos oprimidos, son los primeros en enseñarnos que hay dentro de la misma naturaleza humana poderosas é invencibles repulsiones; y alentados por esa idea, inspirados por ese criterio, que es en ellos como natural é instintivo, creedlo, señores, los norteamericanos son hoy una verdadera amenaza para la civilización.

Como decía no ha mucho el Dr. Roque Sáenz Peña, en elocuentísima conferencia, demostrando toda la monstruosa injusticia que envuelve la agresión á que se han lanzado los Estados Unidos, el bienestar de esa gran república, es la carga más ominosa que hoy pesa sobre el mundo.

Pero es que el yankee no sólo persigue al negro, extermina al indio y rechaza al mongol: el yankee, de raza anglo-sajona, odia también y menosprecia á todos los hombres que llevan en sus venas sangre latina.

Ellos se llaman pomposamente á sí mismos «República Americana», como si los demás pueblos del continente, que denominan desdeñosamente con el calificativo de «South América», se desenvolviesen, no en el Nuevo Mundo, sino en el centro del Africa ó en las estepas de la Siberia.

Y sin embargo ¿cuáles son los grandes hechos de la raza anglo-sajona, así en el antiguo como en el nuevo continente?

No desconozcamos sus colosales adelantos industriales, ni olvidemos sus esfuerzos en bien de la libertad, que así lo manda la justicia; pero digamos, señores, que esa raza acabaría por envenenar el alma de los pueblos si llegara á infiltrar en ella su mezquino

utilitarismo, su egoismo despiadado, su tendencia á constituir el único ideal de la humanidad en amontonar tesoros para vivir sin acordarse de las desdichas ajenas.

En cambio, nuestra raza, la raza latina, es toda grandeza, magnanimidad, generoso altruismo; y los hombres del Norte, creedlo, señores, envidian estas virtudes y tratan, por todos los medios, de oscurecer nuestras glorias.

Ayer mismo nos traía el telégrafo la noticia de que un eminente estadista inglés, miembro del gobierno británico, Mr. Chamberlain, ha proclamado solemnemente la necesidad de una alianza entre Inglaterra y los Estados Unidos.

¿Para qué? ¿contra quién? Contra nosotros, contra las naciones latinas, para sujetarlas á su voluntad y á su imperio y llevar adelante su nefanda obra de anexión y de rapiña.

Los ingleses de un siglo á esta parte pretendieron apoderarse, una tras otra, de todas las posesiones españolas. Un día atacaron traidoramente con sus escuadras á Cuba y Puerto Rico; otro, las islas Filipinas; más tarde el Rio de la Plata. Las calles de esta gran ciudad de Buenos Aires fueron testigos

de la hambrienta rapacidad británica, al propio tiempo que del heroismo de este noble pueblo, que supo castigar y aniquilar á los audaces invasores.

Y bien, ya lo veis: sus hijos, los yankees, repiten cien años después la misma hazaña; y los usurpadores de hoy, buscan alianzas con los usurpadores de hace un siglo y de todos los tiempos.

Pero, con y sin alianzas, los Estados Unidos aspiran á dominar, á ejercer la supremacía de todas las naciones de América: al decir «América para los americanos», quieren decir la América entera para ellos; y pues son poderosos, es menester vivir en guardia contra sus avances.

¿Cómo? Cien veces he tenido ocasión de manifestarlo, y hoy lo digo con mayor razón que nunca, porque el peligro ya llama á nuestras puertas: estrechando, afianzando los vínculos de solidaridad que existen entre los pueblos latinos, especialmente entre España y sus antiguas colonias.

He dicho que sería breve, y no he cumplido mi palabra. Os pido disculpa. Lo hermoso del tema, vuestra gentil benevolencia, y el estado de mi espíritu, me han llevado mucho más allá de mis propósitos.

Pero antes de terminar, permitidme que os recuerde que España, la nación que jamás contó adversarios, ni midió sacrificios, la más abnegada de cuantas pueblan la tierra, ha sido, sin embargo, la más calumniada y la menos comprendida; mas podemos estar seguros de que se acercan para ella los días serenos de las grandes reparaciones.

Aquí mismo, hombres eminentes en la política, en la literatura, en el periodismo, alzan ya su voz en honor suyo, y no ha mucho que un gran pensador, gloria del Parlamento argentino, el Dr. Manuel D. Pizarro, después de presentar á España como el Bayardo gentil de los pueblos, sin miedo y sin tacha, la proclamaba como la nación que hacía honor á todas las naciones.

Y esta opinión justiciera del Dr. Pizarro, se funda en que España, aparte de su heroísmo, como si fuese la verdadera depositaria de las grandezas del genio romano, es la nación civilizadora por excelencia, puesto que á donde quiera que llevó sus armas ó sus descubrimientos, llevó también su espíritu. Aquí teneis en prueba de ello vuestro inmenso Continente.

Y es que si fué la civilizadora, la nación de las expansiones abnegadas y fecundas, no

lo dudeis, jóvenes argentinos, seguirá siéndolo, porque en su seno viven aún y se conservan potentes y vigorosos todos los elementos geniales que dieron un día fuerza á su brazo y poder á su pensamiento para ser la señora del mundo.

Desechad, por injusta y mal inspirada, desechad por calumniosa, la pérfida propaganda que tiende á presentar á España, á vuestra augusta madre patria, como un pueblo decadente, como una nación en que sólo imperan el atraso y la rutina; indignaos, jóvenes argentinos, ante la estúpida afirmación de los hombres del Norte, esos que como las hordas de Atila sólo acechan el momento de destruir nuestra grandiosa civilización, de que España, como pueblo latino, latino de igual suerte que vosotros, debe ser incluído entre los pueblos muertos.

No! Pese á todos los contratiempos, pese á todas las injusticias, vive, y resurge y se transfigura sobre el Tabor luminoso y refulgente de su historia.

Ahí la teneis, jóvenes argentinos, batallando con esfuerzo sobrehumano para asentar sus instituciones sobre las grandes conquistas del espíritu moderno, mientras aumenta en proporción verdaderamente prodigiosa los

inagotables elementos de su producción y su riqueza.

Y en el campo de la inteligencia? Ella contempla en nuestros días engrandecida su tribuna por verdaderos prodigios de elocuencia como Castelar, Moret y Prendergast, Pidal y Mon; glorificada su poesía lírica con la soberbia inspiración de Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Balaguer, Palacio, Balart, mientras el teatro se envanece con las admirables producciones de Tamayo, Echegaray, Zapata, Sellés, Vital Aza y tantos otros; ella ve ennoblecidas sus artes por el genio de Pradilla, Plasencia, Barbudo, Sorolla, Villegas, en la pintura, y en la escultura por el maravilloso cincel de Querol, de Benlliure y Vallmitjana; ella cuenta con novelistas insignes como Pérez Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Emilia Pardo Bazán y Valera; con grandes estadistas y legisladores como Sagasta, Maura, Silvela, Montero Ríos; con sociólogos eminentísimos como Pí y Margall; con portentos de inteligencia y de erudición como Menéndez y Pelayo; ella puede, en fin, contestar á sus difamadores, que es testimonio elocuentísimo de su grandeza presente y nuncio feliz de mejores días, esa pléyade soberbia de filósofos, hombres de ciencia, crí-

ticos, pensadores que se llaman Salmerón y Alonso, Giner de los Ríos, Fray Ceferino González, Ibáñez, Leopoldo Alas, Aramburu, Benot, Posada, Ramón y Cajal y otros mil y mil cuya enumeración sería interminable.

Aquí mismo, en vuestra propia casa, teneis, señores, una gallarda muestra de esa poderosa intelectualidad, en nombres tan justamente celebrados, y que os son á todos familiares, en espíritus tan positivamente superiores como Serafín Alvarez, Francisco Cobos, López Benedito, Segovia, García Velloso, López Gomara, Atienza, Santero, Prieto Valdés, Frexas, Lorente, Bares, Grandmontagne y otros muchos que vienen honrando y enalteciendo con sus notables producciones y sus hechos el nombre español en América.

Pero es que si España es la nación eminentemente civilizadora, es á la vez, y así lo reconocen los mismos anglo-sajones, el pueblo más genuinamente liberal y más democrático del mundo; y si no, acordaos de aquella feliz exclamación de Lord Byron, en su inspiradísimo «Childe Harold», cuando, al penetrar en España, reconocía que debía inclinar la frente ante la hermosa altivez castellana merced á la cual el último pastor, empuñando su cayado, se considera-

ba tan caballero y tan digno como el más encumbrado de sus duques, viniendo á ser así la verdadera igualdad del pueblo hispano la soberana igualdad en la grandeza.

Los pueblos hispano-americanos, heredaron de España ese espíritu de libertad, de democracia verdadera, que los anglo-sajones creen patrimonio suyo cuando constituyen la raza aristocrática por excelencia. La misma Inglaterra, con sus lores dueños de todo el territorio británico, no es otra cosa que una colosal oligarquía aristocrática. En los Estados Unidos, el blanco es un aristócrata con relación al negro.

La democracia en estas jóvenes repúblicas, con todas las deficiencias de su organización, con todas las dificultades propias de su inexperiencia, será siempre una verdad; y lo será, señores, porque el espíritu que las alienta es el de ese pueblo español cuya historia no es otra cosa que una inacabable maravillosa narración de sus gigantescas luchas por su libertad y su independencia.

Adelante, pues, oh vosotros, los de pensamiento elevado, los de alma generosa y buena! Amad á España, decid á todos vuestros conciudadanos que enalteciendo á la madre cariñosa, que les bendice, se enaltecen á sí

propios, y no olvideis nunca que, en esta noble tierra americana, es la raza latina, la gran familia española, la llamada providencialmente á ser el arca santa donde se guarden y se glorifiquen todos los grandes principios, todos los grandes ideales que persigue la humanidad para llegar algún día á redimirse de la iniquidad y de la injusticia.

Velada literario-musical

EN EL "CENTRO ORFEÓN ASTURIANO"

CONMEMORACIÓN DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

DISCURSO INAUGURAL

(12 DE OCTUBRE DE 1898)

COMPROVINCIANOS:

SEÑORES:

Vengo á este sitio á cumplir con un gratísimo deber, pero en la seguridad de que voy á defraudar vuestras esperanzas.

Reza el programa de esta simpática fiesta que yo voy á inaugurarla pronunciando un discurso, y no es eso, ni mucho menos, lo que me propongo ni lo que debeis esperar de mí; yo vengo solamente á traer, en forma breve y sencilla, una palabra de aliento á mis queridos comprovincianos que, inspirados por los más plausibles propósitos, buscan en la asociación las inapreciables ventajas del recreo, de la instrucción, de la fuerza, y se proponen á la vez realzar en esta tie-

rra de América los recuerdos inmortales de aquel hermoso rincón de España en que hemos nacido y que es la verdadera cuna de la nación ibérica.

Es muy común entre nosotros la creencia de que las asociaciones de carácter regional solo pueden extender su acción y ser poderosas á expensas de lo que denominamos espíritu patriótico, el genuinamente español, en una palabra; pero tal creencia es un gravísimo error. Si eso fuese cierto, valdría tanto como si se afirmase que el sagrado amor de la familia es excluyente del sagrado amor á la patria.

Yo entiendo, por el contrario, y antes de ahora he tenido ocasión de decirlo, que el culto del pedazo de tierra en que se ha nacido, que el inefable recuerdo de la montaña ó del valle donde se deslizaron los años inolvidables de la infancia, que la invencible tendencia que late en nuestras almas y nos acompaña hasta la muerte, hacia el lugar que fué la amorosa cuna de nuestras ilusiones y en que nos enseñaron el camino de la virtud con la práctica de las acciones generosas y buenas, yo entiendo, señores, que ese es el verdadero amor de la patria, el que jamás se borra, el que nunca muere, el que sabe y

puede arrastrarnos á los más grandes y abnegados sacrificios.

Por eso digo que traigo conmigo esta palabra de aliento á mis jóvenes comprovincianos: ¡adelante! Decir Asturias, decir Aragón, decir Castilla, decir cualquier otra región de aquella gloriosa tierra, es decir España. Yo bendigo, señores, esta poderosa tendencia regionalista que al afianzar y consolidar el amor á la patria, prepara el terreno para grandes reformas, en que debemos cifrar las más halagadoras esperanzas.

Asturias, región riquísima por la feracidad de su suelo, por la excelencia de sus minas, por la extensión de sus costas, por el amor al trabajo y la sobriedad de sus habitantes ¿por qué no es inmensamente próspera? Porque la absorbente centralización de nuestras instituciones aniquila sus fuerzas y mata sus iniciativas. El día en que nuestra región, siendo siempre tan española, más aún si cabe, que en los días para siempre memorables de Covadonga, pueda dedicar la mayor parte de sus inmensos recursos á fomentar su propio engrandecimiento, no lo dudeis, será un colosal emporio de producción y de riqueza.

Pero dejemos esto de lado, que será la obra del porvenir, la obra nuestra y de nues-

tros hijos, para acordarnos de que, hoy por hoy, alejados de la patria por millares de leguas, nos congregamos para honrarla, conmemorando el hecho tal vez más culminante de su historia.

¡Y en qué momento! Cuando el nombre venerando de España, merced á la traición solapada y al derecho brutal del más fuerte, acaba de ser borrado para siempre del mapa que señala sobre el orbe el continente americano.

Ya no nos queda, señores, en esta dilatada tierra de América, que se extiende desde el estrecho de Behring al cabo de Hornos, ni un pedazo de tierra, ni un miserable peñón donde tremole la enseña gualda y roja diciendo al mundo: aquí fué España.

Es una terrible ironía del destino. El final de este siglo, que llamamos de la civilización, del progreso, de la luz, de la santificación del derecho, es el llamado á marcar el acto de barbarie y de crueldad internacional más oprobioso de la Edad Moderna.

¡Pero, no importa, señores! Ese grandioso acontecimiento que hoy conmemoramos, marca el principio de una de las revoluciones más gigantescas de los siglos: y esa revolución que fué á la vez geográfica, política, co-

mercial, social, tal vez hasta religiosa, es obra nuestra, exclusivamente nuestra. Jamás podrá nadie disputarnos esa gloria inmarcesible.

Estamos hoy relegados al territorio que se llamó y se llamará siempre España ¿y qué? Yo creo que ese es el camino de volver á ser lo que hemos sido. Ni envidiosos ni envidiados, volveremos á la labor que vivifica y regenera, depuraremos nuestras instituciones de tradicionales resabios que bastardean su espíritu, y marcharemos animosos y resueltos hacia el porvenir sin esperar el maná de lejanas colonias que, despues de todo, sólo servían para pudridero de la conciencia de nuestros políticos y para sepulcro de nuestros hermanos.

¡Adelante, pues, queridos comprovincianos! Que la unión y la concordia sean siempre vuestra norma y vuestro lema, llevando por delante la seguridad de que esta naciente asociación, llegará á ser fuerte y respetada para honor nuestro y para honor de aquel amadísimo pedazo de España en cuyos fastos se registran los nombres de los Pelayo y los Jovellanos, los Toreno y los Argüelles, los Campoamor y los Flórez Estrada.

EN EL SEPELIO

DEL ILUSTRE ESPAÑOL

D. CARLOS CASADO DEL ALISAL

(VILLA CASILDA — 29 DE JUNIO DE 1899)

SEÑORES:

Vengo á dar á estos fúnebres despojos el triste adiós de la eterna despedida; y vengo porque á una me lo mandan el corazón del amigo verdadero, lacerado por la pena, y el deber honrosísimo de representar en tan sentida ceremonia á esa institución benemérita que se llama la Asociación Patriótica Española de la República Argentina.

Ante el cadáver de Carlos Casado, de aquel hombre en quien se albergaba la grande y la serena fortaleza, caído cuando aún le alentaban las más poderosas energías, anúdase el dolor en la garganta, los labios enmudecen y parece como si los ojos, velados por

el llanto, contemplasen á la enhiesta roca hendida por el rayo, ó al roble secular arrancado de raíz por la tormenta.

Porque, por encima de todo, Carlos Casado era un gran carácter, una voluntad de hierro. El pertenecía á esa raza de espíritus privilegiados que nacen destinados por su propia virtud á descollar y á imponerse, de igual manera que nace el águila con las alas poderosas que le permiten remontar el vuelo hasta las nubes.

Eran tales su honrada altivez, su ingénita nobleza, su generosidad inagotable, que aquel hombre no habría podido descender aunque quisiera.

Y sólo á título de poseer tan excelsas cualidades, unidas á una clarísima inteligencia y á una bondad sin límites, pudo dar cima, en edad no avanzada todavía, sin más capital que su corazón y su cerebro, á una obra tan prodigiosa como la suya.

El supo, tal vez como ninguno, en esta esclarecida tierra argentina, que adoptó de hecho como patria suya, enseñar á todos á tener fe, á creer en las maravillas y en los milagros de que ella habría de ser capaz en días no lejanos, por el temple de su raza, por la fecundidad de su suelo, quizás por el pro-

videncial destino que está llamada á realizar, como genuina encarnación del espíritu latino en este continente americano.

Y alentado por esa fe, aun en las épocas turbulentas y sombrías en que desfallecían los más fuertes, leyendo en el porvenir con profética mirada, él se lanzó á empresas verdaderamente fabulosas, organizando instituciones de crédito, dominando desiertos, tendiendo ferro-carriles, fundando colonias, levantando pueblos y conquistando para sí la gloria de que de él pueda decirse que fué el primero en abrir los mercados europeos á los trigos sudamericanos, esos mercados que son ya hoy para esta república un verdadero torrente de oro, una inmensa fuente de riqueza.

Pero es que, á la vez que Casado era un colosal colaborador del progreso argentino, un factor poderoso de la prosperidad de la patria de sus hijos, amaba á su patria, á España, con ciega idolatría. Todo cabía en aquella alma grande, pero todo lo que fuese grande y noble como ella. Son testimonio elocuente de su generoso desprendimiento y de su acendrado patriotismo, el cuantioso donativo ofrecido á Isaac Peral, así como los destinados al crucero «Rio de la Plata», á la Patriótica Española y á cuantas sus-

criciones aquí se han levantado para mitigar los infortunios de la patria.

De él puede decirse con verdad que ha sabido ilustrar y enaltecer el nombre de España en América, y por eso la colectividad española de la República Argentina, que se enorgullecía de contarle en su seno, sabrá tributar á su preclara memoria toda la justicia que merece y señalarle siempre como un alto y excepcional ejemplo de virtud y de patriotismo.

Al dejar hoy sobre su féretro la ofrenda que á su memoria tributa la Asociación Patriótica Española y el imborrable testimonio de mi lealtad y de mi admiración más sinceras, yo hago votos, señores, porque le sea leve y se cubra de siemprevivas, en señal de gratitud, esta tierra que él supo hacer fecunda y que hoy abre amorosa su seno para recibirle; yo pido para estos ilustres despojos la paz á que son acreedores después de la titánica lucha sostenida por el espíritu gigante que aun ayer los animaba; y pido para su nombre, luz y gloria, toda la luz y toda la gloria que merece quien, como Carlos Casado, ha tenido la sublime audacia y la rara fortuna de esculpirlo sobre la faz misma del planeta con grandiosos caracteres de hierro

y de granito, traducidos en ferro-carriles y pueblos florecientes, bastantes por sí solos á desafiar el olvido de los hombres y la mudanza de los tiempos.

VELADA LITERARIA

EN HONOR DE LA EMINENTE ESCRITORA ESPAÑOLA

EVA CANEL

(TEATRO DEL ODEÓN. — 12 OCTUBRE DE 1899)

SEÑORAS:

SEÑORES:

En nombre de la Comisión organizadora de esta velada y de su iniciador, el «Centro Orfeón Asturiano», cumplo, ante todo, el gratísimo deber de saludar á la ilustre escritora española Eva Canel, reina esta noche de la fiesta, no á la manera de las que, elegidas por el triunfador, presiden los torneos de la gaya ciencia, sino reina con cetro de oro ganado por derecho de conquista; doy á la distinguida y selecta concurrencia que nos acompaña en este homenaje, gracias cumplidísimas por su noble gentileza; y digo, por lo que á mí personalmente se refiere, que he de considerar siempre el inmerecido ho-

nor que recibo al inaugurar esta brillante solemnidad, como una de las satisfacciones más íntimas y una de las más señaladas distinciones de mi vida.

Es la primera vez, señores, en cuanto puede abarcar, al menos, mi memoria, que en esta gran metrópoli sudamericana, en esta siempre culta ciudad de Buenos Aires, aunados el patriotismo y el arte, rinden á la superioridad de una mujer un público y elocuente tributo de admiración y de aplauso; y pues es la primera, y á los españoles nos cabe la honra de poder decir que esa mujer abrió sus ojos á la hermosa luz del sol de nuestra tierra, justo es que señalemos el día de hoy entre las efemérides más memorables para la familia española establecida en el Río de la Plata.

Nadie menos autorizado que yo para hacer el elogio de las eminentes cualidades de Eva Canel, no ya por mi insuficiencia, sino porque dado el antiguo y sincero afecto que nos vincula, pudieran quizá mis juicios parecer apasionados; pero, sea como quiera,— ya que de Eva Canel es fuerza que se hable, —permitidme que os diga acerca de ella algo de lo mucho que yo expondría á dejarme arrastrar por mi deseo.

Nos congrega aquí esta noche el poder de su inteligencia. ¡Y cómo conforta, señores, el pensar que también la inteligencia es fuerza, la soberana entre todas, porque es fuerza moral, la única llamada á gobernar el mundo!

Y esa inteligencia clarísima de Eva Canel se ha manifestado en forma tan variada, tan múltiple, que no he de intentar siquiera la enumeración, no ya el análisis, de sus más notables producciones. Diré de ellas, tan solo, que su carácter saliente es la originalidad.

Su espíritu robusto, lleno de magníficos atrevimientos, no copia, no imita, no sigue, los derroteros marcados por grandes ni por pequeños: podría decirse de él que encuentra en sí mismo elementos para todo.

He tratado de buscar semejanzas entre Eva Canel y otros escritores, y no las he encontrado. Se parece solamente á sí propia.

He querido indagar la escuela literaria á que pertenece, y he perdido mi tiempo; como todos los entendimientos realmente superiores, pertenece á todas y no pertenece á ninguna.

De igual modo describe un antro en que fermenten todas las podredumbres morales, que busca en su paleta de artista las suaves tintas del idilio; y así, mientras os impresio-

na con las escenas de crudo realismo, pero de buena ley, de su novela «Trapitos al sol» os enternece y subyuga con su conmovedora narración «María de Pin».

Y este sello especialísimo de su idiosincrasia intelectual, se destaca con líneas de vigor sorprendente, así se la considere en el campo de la novela en que descuella, además, por la brillantez de su estilo, bien se la estudie como autora de obras dramáticas, como conferenciante, como ardiente polemista en la hoja diaria, pues todos estos géneros cultiva, sin que pueda decirse en cuál de ellos ha tenido mejor fortuna, ni cuál es el que más acentúa su sobresaliente personalidad literaria.

Pero he dicho que nos congrega aquí el poder de su inteligencia, y no lo he dicho todo: venimos también á este sitio atraidos por su corazón de patriota.

Muchos son los que lo saben; pero como quizás no lo sepan todos, yo debo decir que Eva Canel no se envanece de sus novelas, ni de sus discursos, ni de sus obras teatrales; si de algo ella se muestra orgullosa, y en verdad que con razón puede hacerlo, es de la abnegación, de la bravura con que su alma española luchó en Cuba hasta el último

momento por la integridad de nuestro territorio y el honor de nuestra bandera.

Como escritora, como propagandista, como secretaria general de la Cruz Roja, Eva Canel batalló día á día durante aquella negra rebelión y aquella guerra nefanda, con tesón sin igual, olvidada de sí propia, con los ojos fijos solamente en el bien de la patria.

Ella asistió al derrumbe de los restos de nuestro poder colonial; ella vió, con el corazón destrozado por la pena, cómo el pabellón español desaparecía para siempre del continente americano; y así como una mujer insigne fué la primera en llorar de placer al saber que un nuevo mundo se engarzaba, como soberbio florón, á la corona de España, otra mujer, ilustre también, fué la última quizás en regar con su llanto ese mismo nuevo mundo, al ver de qué manera parece que fuesen la ingratitud y el egoismo tristísima ley de la vida así para los individuos como para los pueblos.

Pero no. Yo tengo fe, señores, en que la justicia podrá tardar, pero llega siempre. Cien veces lo he dicho, y no me cansaré de repetirlo: día llegará en que la América entera se prosternará ante la grande y generosa España, como homenaje debido á su abnegación sin

ejemplo; y acaso, mientras ella se corona con la aureola de luz que ponen sobre sus sienes sus amadas hijas las repúblicas hispano-americanas, acaso vea el mundo de que manera caen y se derrumban esos colosos del egoismo y de la fuerza, inexorablemente condenados á no dejar en la historia otra huella que la de sus iniquidades, como no la dejó Babilonia, ni la dejó Cartago, mientras que Grecia y Roma seguirán arrojando torrentes de luz sobre la conciencia humana por los siglos de los siglos.

No flota ya nuestro pabellón en suelo americano; pero ¿qué importa? Flota sobre él en cambio el espíritu inmortal de la España heróica, de la España hidalga y caballeresca como el más perdurable de los monumentos que para su gloria pudiese ambicionar pueblo alguno de la tierra.

Ninguna fecha más propicia que esta para recordarlo: la misma en que las carabelas de Colón, tremolando el pendon ibero descubrían la América. Y bien, señores: podrá la perfidia habernos arrebatado un pedazo de nuestro territorio; podrá la fuerza bruta haber sumergido en los mares á nuestros buques de guerra llevando la bandera al tope; pero, en cambio, todos los ejércitos y todas

las escuadras del mundo serán impotentes para empañar por su solo instante la soberbia excelsitud de esta fecha para siempre memorable: «¡12 de Octubre de 1492!»

No es tan solo la extensión territorial la que hace grandes á las naciones: las hace grandes también su nobleza y su carácter. Mantengamos incólumes los hijos de España estas virtudes tradicionales de nuestro pueblo, volvamos unidos y compactos al trabajo que ennoblece y dignifica, reconstruyamos la nacionalidad sobre sólidas bases mirando hacia el porvenir con ánimo sereno, y tengamos fe en que nuestros hijos volverán á ver brillar sobre la hoy desgraciada patria, el refulgente sol de sus mejores días.

Señores: Voy á terminar, porque me duele abusar de vuestra benevolencia.

El nombre de Eva Canel, el recuerdo de sus producciones literarias y de sus hechos, ha evocado en mi mente la imagen de la patria; y os pido disculpa si yo, á mi vez, he podido despertar en vuestra memoria ingratas reminiscencias.

Pero es que yo entiendo que no debe olvidarse, por desdén ni por cobardía, lo que contiene ese gran libro eternamente abierto que se llama la historia; y no debe olvidarse, por

que en él se guardan las saludables enseñanzas y los durísimos escarmientos que ponen á las naciones en el camino de su regeneración y de su positiva grandeza.

INDICE




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 06 07 06 027 0